Varia

Anotaciones a la silva «Roma antigua y moderna» de Francisco de Quevedo

Enrique Moreno Castillo
Barcelona

La silva de Quevedo *Roma antigua y moderna* desarrolla un motivo literario que consiste en la comparación de la Roma pagana con la Roma cristiana. El poderío y la grandeza materiales del Imperio, que parecían invencibles y perpetuos, se desvanecieron con el paso del tiempo. Frente a este ejemplo de la fragilidad de los triunfos terrenales, aparece la Roma cristiana, sede del papado, cuya gloria, puramente espiritual, no se fundamenta en la fuerza de las armas y durará mientras exista el mundo.

Aunque este tema adquiere especial preponderancia en la época de la Contrarreforma, posee una larga tradición literaria. Una de sus primeras realizaciones se encuentra en un himno de Prudencio, cuando todavía no ha tenido lugar la caída del Imperio. Prudencio no confronta, pues, la pérdida del poder político con el auge del poder espiritual; su idea es que la misma Roma que venció a tantos reyes y pueblos, domina ahora también, gracias a la sangre de los mártires, sobre los antiguos y falsos dioses, para llevarlos a su destrucción. No se habla del Imperio caído frente al Papado triunfante, sino de un poder que, siendo grande, se hace mayor al ponerse al servicio de la verdad del cristianismo. El tema se desarrolla en las cuatro primeras estrofas del himno a San Lorenzo:

Antiqua fanorum parens,
iam Roma Christo dedita,
Laurentio victrix duce
ritum triunfas barbarum.

Reges superbos viceras
populosque frenis presseras,

nunc monstruosis idolis
imponis imperii iugum.

Haec sola derat gloria
urbis togatae insignibus,
feritate capta gentium
domaret ut spurcum Iovem.

Non turbulentis viribus
Cossi, Camilli aut Caesaris,
sed martyris Laurentii
non incruento praelio[1].

El contraste entre la Roma pagana y la Roma cristiana encuentra una de sus expresiones más célebres en un poema de Hidelberto de Lavardin (1055-1133). Este autor, que fue arzobispo de Tours y que contó entre sus amistades con San Anselmo y San Bernardo de Claraval, es uno de los poetas más importantes y prolíficos de la literatura latina de la Edad Media. El poema que nos ocupa consta de dos partes. La primera es una *Allocutio Romae,* en la que el poeta, contemplando las ruinas actuales, se dirige a la ciudad recordando su antiguo esplendor, que fue tan grande que ni siquiera el paso del tiempo ha podido borrarlo del todo:

Cura hominum potuit tantam componere Romam
quantam non potuit solvere cura deum (vv. 23-24)[2].

Por ello, lo poco que queda es inigualable y no puede siquiera ser restaurado, pues nadie es ya capaz de obras tan grandes:

Tantum restat adhuc, tantum ruit, ut neque pars stans
equari possit, diruta nec refici[3].

La segunda parte del poema posee un tono diferente. Es una respuesta que da la propia ciudad, la cual reconoce su decadencia, pero no se lamenta por ello, sino al contrario:

[1] Prudencio, *Obras completas,* p. 488: 'Antigua madre de templos, Roma: ya estás consagrada a Cristo; vencedora bajo la capitanía de Lorenzo, superas el culto gentil. Habías domeñado a reyes poderosos, habías sojuzgado con frenos a otros pueblos; ahora impones el yugo del Imperio a los monstruosos ídolos. Solamente faltaba esta gloria a las prerrogativas de la ciudad togada que, amansada la fiereza de las gentes, domara al impuro Júpiter. Y lo hizo no con las fuerzas turbulentas de Coso y de Camilo o de César, sino con la sangrienta batalla del mártir Lorenzo'.

[2] Cito el texto y la traducción de Oroz y Marcos, *Lírica latina medieval,* vol. 1, pp. 265-71: «Tan grande fue la Roma que el desvelo de los hombres levantó que destruirla no pudo el desvelo de los dioses».

[3] Lavardin, *Allocutio Romae,* vv. 29-30: 'Es tanto lo que resta y lo arrasado es tanto, que lo que aún se mantiene no puede ser igualado, ni repararse sus ruinas'.

Vix scio que fuerim, vix Rome Roma recordor,
vix sinit occasus vel meminisse mei.
Gratior hec iactura mihi successibus illis;
maior sum pauper divite, stante iacens[4].

En efecto, antes, la Roma pagana, con la fuerza de las armas, dominaba los cuerpos; ahora, cabeza de la cristiandad, rige las almas; antes gobernaba sobre las multitudes, ahora sobre los príncipes de las tinieblas; y mientras antes poseía un imperio vasto pero limitado, su dominio se extiende ahora sobre toda la tierra. La ciudad evoca en versos melancólicos su propia desolación actual; pero afirma que todo esto sucede para que, frente al poder de los antiguos ejércitos, se manifieste ahora el triunfo de la cruz:

Quis gladio Cesar, quis sollicitudine consul,
quis rhetor lingua, que mea castra manu
tanta dedere mihi? studiis et legibus horum
obtinui terras; crux dedit una polum[5].

Una nueva realización de este motivo literario aparece en el *Christhias* de Girolamo Vida (1490-1566). Vida fue un obispo de Alba que intervino en el concilio de Trento y que publicó en 1535 este extenso poema de reminiscencias virgilianas, escrito en latín, sobre la vida y la pasión de Cristo. La obra, aunque hoy muy olvidada, fue leída y celebrada en su época. Como se recordará, uno de los momentos centrales de la *Eneida* es el descenso del héroe a los infiernos para recibir de boca de su padre, Anquises, una profecía acerca de la misión histórica que se le ha encomendado y sobre el destino de la ciudad que ha de fundar. Siguiendo el modelo de Virgilio, Vida crea una situación parecida que sitúa en el momento de la transfiguración de Cristo. Dios Padre corrobora la misión de su Hijo hablándole del triunfo y del poderío de la nueva Roma:

Sponte sua invicti reges tibi sceptra, tibi arma
Subijcient sua per terras, arasque sacrabunt.
Atque adeo gravida imperijs Roma illa superba,
Apenninivagi quae propter Tybridis undam
Ingentes populos frenat pulcherrima rerum,

[4] Lavardin, *Allocutio Romae,* vv. 7-10: 'Apenas sé quién fui; a Roma en Roma apenas la recuerdo; y apenas el ocaso me permite acordarme de mí misma. Tal quebranto me es más grato que los éxitos aquellos; mayor soy pobre que rica; abatida que encumbrada'.

[5] Lavardin, *Allocutio Romae,* vv. 33-36: '¿Qué César con su espada; con su desvelo qué cónsul; qué rétor con su lengua; qué campamentos míos en mis manos depositaron tanto? Con los afanes y leyes de aquellos obtuve tierras; una sola cruz entregome el mundo entero'.

Summittet fasces, et, quas regit, orbis habenas.
Illic relligio, centum illic maxima templa,
Centum arae tibi fumantes, centumque ministri,
Quique viris late, atque ipsis det iura sacerdos
Regibus, et summo te in terris reddat honore [6].

La ciudad no mantendrá incólume su poder, pero se levantará de nuevo tras cada derrota, sobreponiéndose a todas las adversidades:

Saepe solo velut eversam, excisamque videbis,
Quam modo praedixi, populorum incursibus urbem.
Verum quo magis illa malis exercita, semper
Altius hoc surgens celsum caput inseret astris,
moeniaque in melius semper recidiva reponet.
Nec nisi subiecto passim sibi desinet orbe.
Sic placitum[7].

Veintitrés años después de la publicación del *Christhias* aparece uno de los libros que, en cuanto a la visión literaria de la antigua urbe, tuvo mayor influencia en su época: *Les antiquitez de Rome* de Du Bellay. El soneto número XVIII de este libro es una de las plasmaciones más célebres del motivo que estamos estudiando:

Ces grands monceaux pierreux, ces vieux murs
que tu vois,
Furent premierement le cloz d'un lieu champestre:
Et ces braves palais dont le temps s'est fait maistre,
Cassines de pasteurs ont esté quelquefois.
Lors prindrent les bergers les ornemens des Roys,
Et le dur laboureur de fer arma sa dextre:
Puis l'annuel pouvoir le plus grand se vid estre,
Et fut encor plus grand le pouvoir de six mois:
Qui, fait perpetuel, creut en telle puissance,
Que l'aigle Imperial de luy print sa naissance:
Mais le Ciel s'opposant à tel accroissement,

[6] Vida, *Christhias,* I, vv. 909-18: 'Por propia voluntad, los reyes invictos rendirán por tierra sus armas y sus cetros ante ti y te consagrarán altares. Y hasta la soberbia y poderosa Roma, la más hermosa de las ciudades que, junto a las aguas del Tíber que descienden de los Apeninos, domina sobre muchedumbre de pueblos, te someterá su poder y te entregará las riendas del mundo, que ahora tiene en sus manos. Allí la fe, allí cien grandes templos, cien altares humeando en tu honor y cien sacerdotes. Y también un pontífice impondrá tus leyes a los hombres de todas las tierras y a los mismos reyes, y te dará el máximo honor en el mundo'.

[7] Vida, *Christhias,* I, vv. 924-30: 'Muchas veces verás que la ciudad, como te he predicho, es derribada y casi arrasada por los ataques de pueblos enemigos. Pero cuantas más tribulaciones sufra, alzándose más alta, pondrá su cabeza entre los astros, reconstruyendo sus murallas cada vez mejor. Y no descansará hasta que haya dominado a la tierra toda. Así está decidido'.

Mist ce pouvoir es mains du successeur de Pierre,
Qui sous nom de Pasteur, fatal à ceste terre,
Monstre que tout retourne à son commencement[8].

Como se ve, Du Bellay no solo habla de la Roma gloriosa de los cónsules y los emperadores, para contraponerla a la del sucesor de Pedro, sino que añade un tercer elemento, procedente de Ovidio y de Propercio, y que encontraremos también en Quevedo: el de la Roma primitiva, cuando, donde hubo luego grandes palacios, cuyas ruinas contempla hoy el poeta, no había sino cabañas de pastores. El poema describe así, brevemente, un ciclo histórico: la Roma primitiva, los reyes, los dictadores y los cónsules, el imperio y finalmente el papado. La caída del Imperio está representada por las ruinas que el poeta evoca al comienzo del soneto. Y todo este despliegue argumental tiene su clave en un juego retórico de carácter conceptista: como al principio la ciudad eterna no fue sino una aldea de pastores, y ahora es la sede del pastor supremo de la cristiandad, se demuestra que «todas las cosas vuelven a sus comienzos». La presencia de la Roma primitiva se justifica en el soneto de Du Bellay por la relación que se establece entre los pastores reales y el Papa como pastor espiritual de los fieles cristianos.

En un poema de Tasso, se habla también de la caída de Roma y de su renacer como cabeza de la Iglesia:

Or tu, che fosti eletta al grande impero
de la terra e del ciel, Roma vetusta,
caduta speso dal tuo seggio altero
sotto vil giogo d'empia gente ingiusta;
risorta poi co'l sucesor di Piero
in maggior gloria de la gloria augusta;
ripensa onde cadesti; e ch'or t'estolli
coronata di tempi in sette colli[9].

También trata el tema de las dos Romas un poema de las *Rime* de G. B. Marino, publicadas por primera vez en 1602. En la sección titulada *Rime morali* figura el siguiente soneto:

Roma, cadesti, è ver: già le famose
pompe del Tebro, e'l gran nome Latino,
e le glorie di Marte, e di Quirino
co' denti eterni il Rè de gli anni hà rose.
Te per le tombe, e le ruine herbose
invan cerca dolente il peregrino,
che di Celio le rocche, e d'Aventino

[8] Du Bellay, *Antiquitez de Rome,* núm. XVIII, p. 291.
[9] Tasso, *Lagrime di Cristo,* núm. XVII, p. 423.

giaccion trà l'herbe, e se medesme ascose.
Ma forta ecco ti veggio, et al governo
siede di te non rio Tiranno e fero,
ma chi dolce sù l'alme ha scettro eterno:
reggesti il fren de l'Universo intero,
hor del Ciel trionfante, e de l'Inferno
fatto hai con Dio comune il sommo impero[10].

El tópico reaparece en la poesía de Campanella. En la *Scelta d'alcune poesie filosofiche,* de 1622, se halla una canción en la que, según explica el propio autor, «si duole che gli Italiani cantano le bugie de' Greci e non le sue veritadi», canción cuya primera estrofa finaliza con estos versos:

Ella, [Italia] che mari e terra, senza fraude,
con senno ed armi in tutto il mondo ottenne,
e del cielo alle chiavi alfin pervenne![11].

Aquí se destaca la continuidad del poder imperial y del poder espiritual como motivo de exaltación para Italia. Pero en un soneto póstumo, también imbuido de sentimiento patriótico y que posee ese tono esotérico típico de Campanella, se presenta con claridad la oposición que estamos estudiando:

Da le arme ai corpi e dagli corpi alle alme
sorse l'imperio tuo già, Roma altiera,
quando tua spada veloce e severa
ti die' mille trionfi e mille palme.
Lasciasti poscia le ferrigne salme
(onde ognun ti stimò pazza e leggiera)
al mondo da te vinto; e la via vera
prendesti opposta, di cui tanto calme,
per vincerlo di nuovo, e dolcemente.
Deh! non pianger l'imperio, Italia mia,
ch'oggi l'hai vie piú certo e venerando;
e sola avrai assoluta monarchia
in austro, borea, levante e ponente,
seguendo Roma il suo fato ammirando[12].

Como último ejemplo, veamos este poema de Juan de Jáuregui, titulado *Epitafio a las ruinas de Roma:*

El nombre ausonio, que, ligera y suelta,
la Fama un tiempo resonó, y el culto
templo tarpeyo, a quien el indio oculto

[10] Marino, *La lira,* p. 175.
[11] Campanella, *Le poesie,* p. 194.
[12] Campanella, *Le poesie,* p. 472.

rindió tesoros, y el iberio celta,
aquí difunto yace. Aquí, resuelta
la piedra en polvo y el antiguo vulto,
nos muestra Roma su sepulcro inculto,
en las cenizas de sí misma envuelta.
Fue rara Fénix, que su cuerpo mismo
quiso abrasar en encendidas guerras,
porque su vida renovase el vuelo.
Y si un tiempo rigió las anchas tierras,
hoy extiende desde ellas al abismo
su sacro imperio, y al empíreo cielo[13].

Un escrutinio más detenido nos depararía sin duda otros nuevos ejemplos; pero basten estos pocos para situar la silva de Quevedo dentro de una determinada tradición literaria y retórica. Como se verá, su tema central es el motivo que nos ocupa, pero el poema se despliega en múltiples digresiones que le dan su tono poético peculiar, profuso y divagatorio. En adelante, iré copiando el texto de la silva[14], intercalando algunos comentarios y anotaciones que intentan aclarar el sentido literal de los pasajes oscuros y situar los diversos temas tratados dentro de su tradición literaria y cultural. El inicio del poema tiene la forma de un soneto:

Esta que miras grande Roma agora,
huésped, fue yerba un tiempo, fue collado:
primero apacentó pobre ganado;
ya del mundo la ves reina y señora.
Fueron en estos atrios Lamia y Flora 5
de unos admiración, de otros cuidado;
y la que pobre dios tuvo en el prado,
deidad preciosa en alto templo adora.
Jove tronó sobre desnuda peña,
donde se ven subir los chapiteles 10
a sacarle los rayos de la mano.
Lo que primero fue, rica, desdeña:
Senado rudo, que vistieron pieles,
da ley al mundo y peso al Oceano.

El soneto tiene una cierta autonomía de sentido y, además, hay un invocación a un interlocutor, «huésped», que desaparece después por completo. Pero lo más importante es que en este fragmento inicial, como ha observado Rocha[15], se habla de la Roma primitiva en pretérito y de la Roma imperial en presente, mientras que

[13] Jáuregui, *Rimas,* p. 27.
[14] Sigo la edición de J. M. Blecua, *Obra poética,* vol. 1, pp. 262-66. Para los problemas textuales que el poema plantea, ver el excelente estudio de Rocha, 1994, pp. 193-222.
[15] Rocha, 1994, p. 195.

en el resto del poema la Roma imperial está situada en el pasado, pues lo que se exalta es su condición actual de cabeza de la Iglesia. Como veremos, esta imagen inicial de la Roma primitiva procede de una elegía de Propercio, en la cual sí que es lógico que se hable en presente de la Roma imperial. ¿Pudiera pensarse que Quevedo escribió este soneto como poema autónomo, y que luego lo continuó cambiando el tema, y despreocupándose de las discordancias temporales apuntadas? Quizá fue así, pero hay algo que se opone a esta hipótesis. Partamos de la influencia de Propercio, que luego veremos con detalle. ¿Por qué un poema que trata de «Roma antigua y moderna», es decir, del Imperio confrontado con el papado, tiene que empezar hablando de la Roma primitiva, y por tanto, calcando el poema de Propercio? Creo que solo hay una respuesta: por la influencia del soneto de Du Bellay citado más arriba. En Du Bellay veíamos que el sentido de la evocación de la Roma primitiva se hallaba en la metáfora del Papa como pastor: «sous nom de Pasteur, fatal à ceste terre, / Monstre que tout retourne à son commencement»[16]. El poeta francés recuerda por este motivo la época en que Roma era una aldea de pastores, mientras que ahora habita en ella el pastor máximo de la cristiandad. Pero Quevedo no tiene una razón especial para empezar hablando de la Roma primitiva evocada por Propercio, salvo su gusto por lo digresivo, por el deseo de demorarse en las diversas imágenes que el desarrollo del tema le va ofreciendo. Si Quevedo, en un principio, no pensaba aludir a Roma como capital de la Iglesia, ¿por qué empezó como Du Bellay, cuyo comienzo solo tiene sentido en función de este final?

vv. 1-2: compárese Propercio, *Elegías:* «*Hoc quodcumque vides, hospes, qua maxima Roma est [...] / collis et herba fuit*» 'Todo esto que ves, forastero, donde está la grandiosa Roma [...], eran colinas y pastizales'[17]. Quevedo traduce con toda literalidad el «*hospes*» latino por 'huésped', que aquí no tiene el sentido de 'invitado' sino de 'extranjero'. La presencia de Propercio en el poema de Quevedo fue señalada ya por Quintana y Menéndez Pelayo[18]. Cuervo estudia la influencia del soneto de Du Bellay, pero además encuentra una serie de semejanzas entre otros sonetos de las *Antiquitez de Rome* y diversos pasajes de la silva, semejanzas que resultan francamente lejanas y dudosas[19]. Deseoso de resaltar la influencia de Du Bellay, Cuervo parece relegar la de Propercio, aunque al final de su artículo señala los evidentes paralelismos que nosotros iremos consignando en las notas siguientes. Un cotejo más cuidadoso

[16] Du Bellay, *Antiquitez de Rome,* núm. XVIII, p. 291.
[17] Propercio, *Elegías,* IV, I, vv. 1-2.
[18] Ver Rocha, 1994, p. 198.
[19] Cuervo, 1908.

y detallado entre la elegía de Propercio y la silva de Quevedo se encuentra en Candelas[20].

Quevedo cita estos versos de Propercio en sus *Lágrimas de Jeremías castellanas*[21]. Dámaso Alonso[22] habla de la influencia de esta frase inicial del poeta latino sobre la fórmula con que se inicia el *Polifemo* de Góngora, «Estas que me dictó rimas sonoras», y que se repite en el inicio de tantos poemas del Siglo de Oro, y de una manera especial en los relacionados con el tema de las ruinas: «Estos de pan llevar campos ahora»[23]; «Esta a la rubia Ceres consagrada»[24]; «Estos, Fabio, ay dolor, que ves ahora»[25]; «Estas que veis aquí pobres y escuras»[26]; «Estas de admiración reliquias dinas»[27]; «Estas ya de la edad canas ruinas»[28].

v. 5: la mención de Lamia y Flora procede del soneto de Medrano dedicado a las ruinas de Itálica, donde se dice: «En este cerco fueron Lamia y Flora / llama y admiración del vulgo vano»[29]. Flora es una de las más antiguas divinidades romanas; Ovidio, en *Fastos,* habla de ella, contaminando con leyendas griegas el fondo tradicional latino[30]. Lactancio, en las *Instituciones divinas,* dice que en realidad era una antigua prostituta que luego fue divinizada[31]. Lamia es un personaje demoníaco al que aluden Diodoro Sículo[32] y Plutarco, en *Moralia*[33]. Su identidad en la mitología es confusa y fluctuante, pero parece que formaba parte del folklore tradicional romano como un monstruo que se comía a los recién nacidos o que chupaba su sangre[34]. Con frecuencia se alude a ella como una figura popular que servía para asustar a los niños[35]. A veces se utiliza la palabra no como nombre propio, sino como denominación genérica. Así ocurre en estos versos de Lucilio: «*Terriculas, Lamias, Fauni quas Pomiliique / instituere Numae, tremit has, hic omnia ponit*» 'Los espantajos, las Lamias que han creado los Faunos y los Numa Pompilios, esto es lo que le hace temblar,

[20] Candelas, 1997, pp. 110-11.
[21] Ver Quevedo, *Lágrimas de Jeremías,* vol. 4, p. 377.
[22] Alonso, 1960, pp. 311-23.
[23] Medrano, *Poesía,* p. 242.
[24] Arguijo, *Obra poética,* p. 151.
[25] Caro, *Canción a las ruinas de Itálica,* en Blecua, *Poesía de la Edad de Oro, II, Barroco,* p. 148.
[26] *PO,* núm. 142.
[27] Villamediana, *Poesía,* p. 231.
[28] Rioja, *Poesía,* p. 200.
[29] Medrano, *Poesía,* p. 242.
[30] Ovidio, *Fastos,* V, vv. 195 y ss.
[31] Lactancio, *Instituciones divinas,* I, 20, 6.
[32] Diodorus Siculus, *Library of History,* XX, 41.
[33] Plutarco, *Moralia,* 515F.
[34] Horacio, *Arte poética,* v. 340.
[35] Estrabón, *Geografía,* I, 2, 8; Tertuliano, *Adversus Valentinianos,* 3.

esto es lo que, para él, lo determina todo'[36]. La *Vulgata* traduce a *Isaías,* 34, 15, de la siguiente manera: «*Ibi cubavit Lamia, et invenit sibi requiem*», usando la palabra para lo que en versiones actuales de la Biblia se nombra como «fantasma nocturno». Por diversos motivos, estos dos nombres pasaron a ser apelativos emblemáticos referidos a famosas cortesanas, como recuerda Cervantes en el prólogo del *Quijote:* «Si de mujeres rameras, ahí está el obispo de Mondoñedo, que os prestará a Lamia, Laida y Flora»[37]. A partir de todo lo anterior, la mención de Flora en el poema de Quevedo puede justificarse como elemento típico de la más antigua religión romana; su aparición en el soneto de Medrano no es tan fácil de explicar. La presencia de Lamia resulta más extemporánea, aunque, según los versos de Lucilio, también parece que era sentida como algo perteneciente a la Roma primitiva. A pesar de todo, creo que tanto el verso de Quevedo como el de Medrano resultan enigmáticos. Acaso haya una fuente en la que se basan los dos poetas, y cuyo conocimiento daría la explicación cabal de esta alusión.

v. 8 *la que:* el antecedente es Roma.

v. 9: compárese Propercio, *Elegías:* «*Tarpeiusque pater nuda de rupe tonabat*» 'Júpiter Tarpeyo tronaba desde la roca desnuda'[38].

vv. 10-11: 'Donde había antes una roca desnuda, se eleva hoy un alto y hermoso templo'; *chapitel* es el «remate de las torres [...] que para la hermosura se levantan en forma piramidal, ya cuadrado, ya ochavado, y con varias labores que le adornan y dan hermosa vista» (*Aut*). La altura de los chapiteles se encarece hiperbólicamente diciendo que suben hasta los cielos, como deseosos de llegar hasta Júpiter y arrebatarle los atributos de su poder, con lo que se hace una vaga alusión a la sublevación de los Titanes. En la prosa de Quevedo se encuentra una frase muy semejante: «La cumbre más alta no solo sale a recibir los rayos, antes llega a sacárselos a Júpiter de las manos»[39]. En la literatura latina aparece la idea del edificio cuya altura le avecina a los astros: Marcial dice de un palacio: «*quae vertice sidera pulsat*» 'que toca las estrellas con su cima'[40] y Claudiano habla de «*prolatae ad sidera moles*» 'palacios que se alzan hasta las estrellas'[41]. De aquí surge la idea de que el edificio se aproxima a las moradas celestiales: en Silio Itálico son los propios dioses quienes profetizan la reconstrucción por Domiciano del templo de Júpiter Capitolino (el mismo al que se refiere Quevedo en nuestro poema) diciendo: «*Ille etiam, qua prisca, vides,*

[36] Lucilio, *Satires,* II, p. 76,
[37] Cervantes, *Quijote,* p. 16.
[38] Propercio, *Elegías,* IV, I, v. 7.
[39] Quevedo, *Epistolario,* p. 423.
[40] Marcial, *Epigramas,* lib. VIII, núm. XXXVI.
[41] Claudiano, *In Rufinum,* II, v. 136.

stat regia nobis, / Aurea Tarpeia ponet Capitolia rupe, / Et iunget nostro templorum culmina coelo» 'E incluso, sobre esta roca Tarpeya donde ves alzarse un antiguo palacio, él [Domiciano] construirá un Capitolio de oro que elevará hasta nuestro cielo la cúspide de sus templos'[42]. En Estacio, el palacio del emperador «*stupet hoc vicina Tonantis / regia*» 'de él se asombra el palacio vecino del Tonante'[43]. De aquí se pasa fácilmente a la comparación entre el edificio que se alza hasta los astros y los gigantes que, sublevándose contra Júpiter, intentaron conquistar el cielo. En el epigrama de Marcial antes citado se dice: «*Septenos pariter credas adsurgere montes, / Thessalicum brevior Pelion Ossa tulit*» 'Creerías que las siete colinas se alzan una encima de la otra; no se elevó tanto el Osa cuando lo pusieron sobre el Pelión de Tesalia' (recuérdese que los gigantes, en su intento de llegar al cielo, pusieron el monte Osa sobre el Pelión)[44]. Rutilio, hablando de los templos y acueductos de Roma, dice: «*Hos potius dicas crevisse in sidera montes; tale giganteum Graecia laudet opus*» 'Más bien dirías que estos son montes que se han alzado hacia las estrellas; así Grecia los alabaría como obra de los gigantes'[45]. En la poesía española, encuentro estos dos ejemplos. El primero de Malón de Chaide: «sus altos muros vimos, / y el alcázar costoso / do yace Semíramis sepultada, / de torres rodeada, / que amenazan al cielo»[46]; y el otro de Góngora: «Sacros, altos, dorados capiteles, / que a las nubes borráis sus arreboles, / Febo os teme por más lucientes soles, / y el cielo por gigantes más crueles»[47]. Saavedra Fajardo habla de «una ciudad cuyos chapiteles de plata y oro [...] se levantaban a comunicarse con el cielo»[48]. Los sonetos IV y XII de *Les antiquitez de Rome* de Du Bellay desarrollan este motivo: la gloria de Roma amenazó, como los gigantes, al propio Júpiter, que por eso causó la ruina de la ciudad.

v. 13: compárese Propercio: «*Curia, praetexto quae nunc nitet alta senatu, / pellitos habuit, rustica corda, Patres*» 'La curia, que ahora elevada deslumbra, con las pretextas de los senadores, albergaba, rústicos corazones, a padres conscriptos vestidos de piel de oveja'[49]. La concordancia exige que se considere «pieles» como sujeto: 'las pieles vistieron al Senado rudo'.

v. 14 *peso al Oceano:* Roma, además de dar ley al mundo, domina los mares. El que los barcos «pesen» sobre el mar y lo «opriman», y a veces lo hagan «gemir» es un motivo típico de la poesía

[42] Silio Itálico, *Punica,* III, vv. 622-24.
[43] Estacio, *Silvas,* lib. IV, 2, vv. 19-20.
[44] Marcial, *Epigramas,* lib. VIII, núm. XXXVI.
[45] Rutilio, *De reditu suo,* lib. I, vv. 99-100.
[46] Malón de Chaide, *La conversión de la Magdalena,* vol. 2, pp. 219-20.
[47] Góngora, *Sonetos completos,* soneto 6, vv. 1-4.
[48] Ver Saavedra Fajardo, *República literaria,* p. 69.
[49] Propercio, *Elegías,* IV, I, vv. 11-12.

del Siglo de Oro. Ya en la *Aquileida* de Estacio se encuentra esta imagen: «*Video iam mille carinis / Ionium Aegaeumque premi*» 'Veo ya al Jonio y al Egeo oprimidos por mil naves'[50]. Compárese también Tasso, *Gerusalemme liberata:* «Geme il vicino mar sotto l'incarco / de l'alte navi»[51]; Cervantes, *Viaje del Parnaso:* «Del más gallardo y más vistoso extremo / de cuantos las espaldas de Neptuno / oprimieron jamás»[52]; Lope de Vega, *La Circe:* «Ya siente el mar undísono la carga / y del peso parece que suspira»[53]; también de Lope en *El Siglo de Oro:* «Ya sin temor alguno / de verse el tridentífero Neptuno / oprimido del peso de las naves»[54]; Balbuena, *El Bernardo:* «A toda diligencia aprestó un barco / que hace gemir las aguas con su peso»[55]; Fernández de Andrada en la *Epístola moral a Fabio:* «ni el oprimir tus olas / las naves y galeras españolas»[56]; Quevedo, en el poema 231: «Ansí, sagrado mar, nunca te oprima / menos ilustre peso»[57]. En la época de Quevedo, la palabra «océano» era comúnmente llana.

Cuando nació la dieron 15
muro un arado, reyes una loba,
y no desconocieron
la leche, si este mata y aquel roba.
Dioses que trujo hurtados
del dánao fuego la piedad troyana 20
fueron aquí hospedados
con fácil pompa, en devoción villana.
Fue templo el bosque, los peñascos aras,
víctima el corazón, los dioses varas,
y pobre y común fuego en estos llanos 25
los grandes reinos de los dos hermanos.

Se retrocede ahora de nuevo a los orígenes de Roma, en una evocación de Rómulo y Remo y luego, más atrás en el tiempo, de la llegada de Eneas.

v. 16 *muro un arado:* se refiere a la primitiva costumbre de marcar el perímetro de una futura ciudad con la reja de un arado, tal como se cuenta que hizo Rómulo cuando fundó Roma. Aquí, la alusión al arado funciona como un signo de pobreza y rusticidad, que sirve para subrayar la modestia de los orígenes de Roma.

[50] Estacio, *Aquileida,* I, vv. 34-35, p. 78.
[51] Tasso, *Gerusalemme liberata,* I, p. 28.
[52] Cervantes, *Viaje del Parnaso,* I, vv. 154-56.
[53] Lope de Vega, *La Circe,* p. 1032.
[54] Lope de Vega, *El Siglo de Oro,* p. 795.
[55] Balbuena, *El Bernardo,* p. 328.
[56] Fernández de Andrada, *Epístola moral a Fabio,* p. 87.
[57] *PO,* núm. 231, vv. 1-2.

vv. 17-18: compárese Propercio, *Elegías:* «*Romanus [...] / sanguinis altricem non pudet esse lupam*» 'El hijo de Roma [...] no se avergüenza de que la loba haya sido alimentadora de su raza'[58]; *desconocer:* «negar que le toque y le pertenezca alguna cosa» y «extrañarse de alguno que antes se conocía [...] u olvidar afectadamente su amistad» (*Aut*), de forma que «no desconocieron» recoge el significado del «*non pudet*» de Propercio, pero Quevedo añade un nuevo sentido: «no desconocieron la leche» quiere decir, además, que no desmentían por sus cualidades el haber sido criados por una loba, pues a ambos se les trasmitieron las características de este animal: robar y matar. Quevedo piensa, probablemente, en el asesinato de Remo por Rómulo, y en el robo que llevó a Remo a ser hecho prisionero del rey de Alba. En la prosa de Quevedo hay una frase muy parecida, aunque aquí el que mata y roba es solo uno de los hermanos: «Y no desconoció la leche en la crueldad y robos, el uno, que mató su hermano y hurtó las Sabinas»[59]. La misma idea aparece en un breve poema de Marino sobre Rómulo, en *La Galeria,* donde a la ferocidad transmitida por la leche de la loba se une la que viene de la sangre paterna: «Da Marte il sangue, e da la Lupa il latte / trasse il maggior Latino. / E ben venne a mostrarse / e feroce e ferino, / e ben stirpe e natura avere apparse / e di ferro e di fera, / quando cruda e severa armò la mano / contro il proprio germano»[60].

vv. 19-20: compárese Propercio, *Elegías:* «*Huc melius profugos misisti, Troia, Penatis*» 'Acá enviaste, Troya, con razón tus penates fugitivos'[61]. Se refiere a los penates troyanos que trajo Eneas, tal como le exhorta a hacerlo el fantasma de Héctor[62] y como se explica luego[63]; *hurtados del dánao fuego:* salvados del incendio de Troya. La formulación recuerda, más que ningún lugar de la *Eneida,* estos versos de Ovidio: «*Hinc satus Aeneas, pietas spectata, per ignes / sacra patremque humeris, altera sacra, tulit*» 'De ellos nació Eneas, modelo de piedad, que a través de las llamas llevó al cuello los objetos sagrados y a su padre, carga también sagrada'[64].

vv. 24-25: se evoca aquí un culto sencillo y primitivo, en el que el bosque sirve de templo, la piedra de altar, el único sacrificio es el de la propia devoción («víctima el corazón»), pero no estoy seguro de lo que significa la frase «los dioses varas». Quizá haya que ponerla en relación con la expresión bíblica que alude a los ídolos como dioses hechos de palos, como se observa en *Deutero-*

[58] Propercio, *Elegías,* IV, I v. 38.
[59] Quevedo, *España defendida,* en *Obras en prosa,* p. 553.
[60] Marino, *La Galeria,* p. 83.
[61] Propercio, *Elegías,* IV, I, v. 39.
[62] Ver Virgilio, *Eneida,* lib. 2, v. 717.
[63] Ver Virgilio, *Eneida,* lib. 8, v. 11.
[64] Ovidio, *Fastos,* IV, vv. 37-38.

nomio, 28, 36: «*Et servis ibi diis alienis, ligno et lapidi*» 'allí servirás a otros dioses, a leños y a piedras'; Fray Luis de Granada se hace eco de esta expresión cuando dice: «Cuántas maneras de naciones hay en el mundo [...] que adoran piedras y palos»[65]; «¿Qué fuera de ti si nascieras entre ellas, carescieras del conoscimiento del verdadero Dios y adoraras piedras y palos?»[66]. Pero quizá la frase de Quevedo tenga que ver con un verso de otra elegía de Propercio[67] en el que el dios Vertumno, hablando de la Roma primitiva, dice: «*Stipes acernus eram, properanti falce dolatus, / ante Numam grata pauper in urbe deus*» 'Yo era un tronco de arce, debastado con apresurada azuela; antes de Numa, un dios pobre en la ciudad agradecida'.

Toda esta evocación de un culto primitivo en el lugar de la futura Roma, recuerda unos versos de la *Eneida,* en que Evandro le muestra al héroe el emplazamiento del futuro Capitolio: «*Hinc ad Tarpeiam sedem et Capitolia ducit / aurea nunc, olim silvestribus horrida dumis. / Iam tum religio pavidos terrebat agrestis / dira loci, iam tum silvam saxumque tremebant*» 'Desde aquí le conduce a la roca Tarpeya y al Capitolio, ahora de oro, entonces erizado de matorrales. Ya entonces el pavor religioso del lugar espantaba a los medrosos labradores, ya entonces temblaban ante el bosque y el peñasco'[68].

v. 26: compárese Propercio, *Elegías:* «*Olim / unus erat fratrum maxima regna focus*» 'Antaño un hogar único era gran imperio para los dos hermanos'[69].

A la sed de los bueyes
de Evandro fugitivo, Tibre santo
sirvió; después, los cónsules, los reyes
con sangre le mancharon; 30
le crecieron con llanto
de los reinos que un tiempo aprisionaron;
fue triunfo suyo, y violos en cadena
el Danubio y el Rheno,
los dos Ebros y el padre Tajo ameno, 35
cano en la espuma y rojo con la arena;

En este pasaje de nuevo se vuelve atrás desde la época de Rómulo y Remo a la de Evandro, citado en la elegía de Propercio. Después, la visión idílica de la Roma primitiva se pone en contraste con la de la Roma conquistadora del mundo, usando como nexo la imagen del Tíber. Sus aguas se mancharon de sangre y aumentaron con el llanto de los vencidos; luego se recurre a la

[65] Fray Luis de Granada, *Memorial de la vida cristiana,* p. 471.
[66] Fray Luis de Granada, *Libro de la oración y la consideración,* p. 61.
[67] Propercio, *Elegías,* lib. IV, II, vv. 59-60.
[68] Ver Virgilio, *Eneida,* lib. 8, vv. 347-50.
[69] Propercio, *Elegías,* IV, I, vv. 9-10.

imagen de los ríos cautivos, que simbolizan los territorios sometidos al poder de Roma: el Tíber encadenó al Danubio, al Rin, etc.

vv. 27-29: se funden aquí dos versos diferentes de la elegía de Propercio: «*atque ubi Navali stant sacra Palatia Phoebo, / Evandri profugae procubuere boves*» 'Y donde se levantan en honor de Febo por la victoria naval los santuarios del Palatino, sesteaban las vacas fugitivas de Evandro'[70]; y también en este pasaje: «*Tiberis nostris advena bubus erat*» 'el Tíber llegaba extranjero a nuestros bueyes'[71]. Evandro era un rey procedente de la Arcadia que se había establecido en las cercanías del lugar donde habría de levantarse Roma. Es uno de los aliados de Eneas en el poema de Virgilio y su historia se cuenta largamente en los *Fastos* de Ovidio[72]. En este lugar de la silva de Quevedo se acaba la imitación de Propercio.

v. 28 *Tibre santo:* comentando el verso de Garcilaso en que llama al Danubio «río divino», Herrera anota lo siguiente: «escribe Máximo Tirio en el *Sermón 38* que los griegos, a todas las cosas que les parecían hermosas llamaban *divinas,* de la mesma naturaleza que Dios [...] y los antiguos llamaban sacras a todas las cosas grandes, según Plutarco» y luego recuerda que Homero habla del «sagrado mar» y de la «sagrada Ilión»[73]. El mismo Garcilaso, en la *Égloga II,* cuando personifica al río Tormes, le llama «el sacro viejo»[74]. Virgilio, en *Geórgicas,* IV, da el título de «sagrada» a una fuente. Ennio llama sagrado al Tíber: «*Pater Tiberine tuo cum flumine sacro*»[75] y Estacio dice «*Nilus sacer*»[76]. Góngora aplica también este adjetivo a un río: «Por quien, nevado Genil, / es muy justo que te alabes / que excedes al sacro Ibero / y al rubio Tajo deshaces»[77]; en otro lugar lo emplea dándole un valor humorístico: «Llamado sois con razón / de todos sagrado río, / pues que pasáis por en medio / del ojo del Arzobispo»[78].

vv. 31-32: 'Los cónsules y los reyes hicieron crecer las aguas del Tíber con las lágrimas de los vencidos'. No es frecuente el uso transitivo de crecer, pero Cuervo, en su diccionario[79], aduce algunos ejemplos, como este de *La Galatea* de Cervantes: «Los bienes con su apariencia / crecieron mi sanidad» y otro del propio Quevedo: «De los antecedentes nobles suyos, no solo heredó Marco Bruto la virtud, sino que la creció»[80].

[70] Propercio, *Elegías,* IV, I, vv. 3-4.
[71] Propercio, *Elegías,* IV, I, v. 8
[72] Ovidio, *Fastos,* I, vv. 469 y ss.
[73] Herrera, *Anotaciones a la poesía de Garcilaso,* p. 506.
[74] Garcilaso de la Vega, *Obra poética,* v. 1175.
[75] Ennio, *Annales,* I, v. 51.
[76] Estacio, *Silvas,* I, 6, v. 77.
[77] Góngora, *Romances,* p. 177.
[78] Góngora, *Romances,* p. 243.
[79] Ver Cuervo, 1994, vol. 2, p. 89.
[80] Ver Quevedo, *Obras en prosa,* p. 923.

vv. 33-36: la idea de que el Tíber domina o sojuzga a los otros ríos, como símbolo del poder de Roma sobre los territorios del imperio, es de raigambre clásica. Hay que recordar que en los triunfos que celebraban los romanos para honrar a los generales vencedores, se exhibían a veces pinturas o relieves de los montes y ríos de los países conquistados. Compárese Tácito, en sus *Anales:* «Se hicieron desfilar despojos, cautivos e imágenes de montes, ríos y batallas»[81]. En el *Arte de amar,* hay una referencia a estos cortejos[82]. Ovidio, en otro lugar, describiendo uno de ellos, dice: «*Cornibus hic fractis viridi male tectus ab ulva, / decolor ipse suo sanguine Rhenus erat*» 'Allí estaba con los cuernos rotos, mal cubierto por las verdes ovas, el Rin manchado por su propia sangre'[83]. De ahí se pasa al uso del nombre de los ríos como metonimia de las regiones conquistadas o como figura alegórica que las simboliza: en el escudo de Eneas se ve, como presagio de las futuras victorias de Roma, la siguiente escena: «*Euphrates ibat iam mollior undis, / extremique hominum Morini Rhenusque bicornis / indomitique Dahae et pontem indignatus Araxes*» 'Iba allí el Éufrates con ondas más mansas y los Morinos, de los extremos de la tierra, y el Rin bicorne y los indómitos Dahas y el Araxes indignado contra el puente'[84]. Se encuentran ejemplos parecidos en muchos otros poetas: compárese Horacio: «*te fontium qui celat origines / Nilusque et Hister, te rapidus Tigris*» 'A ti [te obedecen] el Nilo que oculta sus fuentes y el Danubio y el impetuoso Tigris'[85]; Propercio, *Elegías:* «*aut canerem Aegyptum et Nilum, cum attractus in urbem / septem captivis debiles ibat aquis*» 'o cantara a Egipto y al Nilo cuando arrastrado hacia Roma iba impotente con sus siete bocas cautivas'[86]; Lucano, *La Farsalia:* «*ut vincula Rheno / Oceanoque daret*» 'como [César] hubiese encadenado al Rin y al Océano'[87]; Estacio, *Tebaida:* «*quando Itala nondum / signa nec Arctoos ausim spirare triumphos / bisque iugo Rhenum, bis adactum legibus Histrum*» 'mientras no me atreva a inspirar mi canto en los estandartes italianos y en los triunfos sobre los pueblos del norte, el Rin dos veces sujeto al yugo, el Danubio dos veces sujeto a nuestras leyes'[88]; Claudiano, *Panegírico a Probino y Olibrio:* «*Sic nobis Scythicus famuletur Araxes, / sic Rhenus per utrumque latus [...] / sic fluat attonitus Romana per oppida Ganges*» 'Así pueda ser nuestro vasallo el escítico Araxes y el Rin con sus dos orillas [...]; así fluya atónito el Ganges entre ciudades roma-

[81] Tácito, *Anales,* lib. II, 41.
[82] Ovidio, *Arte de amar,* I, 220.
[83] Ovidio, *Tristes,* IV, II, vv. 41-42.
[84] Virgilio, *Eneida,* lib. 8, vv. 726-28.
[85] Horacio, *Odas,* IV, 14, vv. 45-46.
[86] Propercio, *Elegías,* II, 1, vv. 31-32.
[87] Lucano, *La Farsalia,* III, vv. 76-77.
[88] Estacio, *Tebaida,* I, vv. 17-19.

nas'[89]; también en el *Epitalamio de Honorio y María:* «*iam te venerabitur Hister; / nomem adorabunt populi; iam Rhenus et Albis / serviet*» 'El Danubio te prestará obediencia; todas las naciones adorarán tu nombre; el Rin y el Elba serán tus esclavos'[90]; o en el *Panegírico a Manlio Teodoro:* «*diversoque tuas coluerunt gurgite voces / lentus Arar Rhodanusque ferox et dives Hiberus*» 'Ríos de todas las tierras acatan tus órdenes, el lento Saona, el impetuoso Ródano y el opulento Ebro'[91]. La imagen es imitada por algunos poetas posteriores: ver, por ejemplo, Petrarca, *Africa:* «*Hic Tagum Bethimque et Hiberum / Coget ferre iugum dominumque agnoscere Tybrim*» 'Este obligará al Tajo, al Betis y al Ebro a llevar el yugo y a reconocer por señor al Tíber'[92]; Marino, *L'Adone:* «Il Tamigi, il Dannubio, il Beti, il Reno / l'ama, il teme, l'ammira anco da lunge»[93].

v. 34 *Rheno:* antiguo nombre del Rin.

v. 35 *los dos Ebros:* el Ebro de España y el Hebro de Tracia, hoy llamado Maritza, que a menudo es nombrado en relación con la leyenda de Orfeo. En un soneto laudatorio publicado en los preliminares de *Las lágrimas de Angélica,* comparando al poeta con Orfeo, juega con la misma homofonía: «y que uno en Ebro y otro en Ebro cante»[94].

v. 35 *el padre Tajo:* en la antigua Roma, «des inscriptions votives en assez grand nombre mentionnent divers fleuves de l'Italie avec le vocable *Pater*, qui est d'usage dans toutes les prières en l'honneur des dieux, petits et grands»[95]. En la nota al verso 28 hemos citado el verso de Ennio en *Annales:* «*Pater Tiberine tuo cum flumine sacro*»[96], donde llama «padre» al Tíber, verso transmitido en las *Saturnales*[97] por Macrobio, el cual lo pone en relación con este otro de la *Eneida:* «*tuque, o Thybri tuo genitor cum flumine sancto*» 'y tú, oh padre Tíber de sagrada corriente'[98]; en las *Geórgicas,* Virgilio usa también la expresión: «*pater Tiberinus*»[99]; Tibulo invoca al Nilo como «*Nile pater*»[100].

v. 36 *cano en la espuma:* en latín es frecuente el adjetivo «*canus*» para calificar, entre otras cosas, a la espuma del mar o de los ríos. Comparése *Eneida:* «*sed fluctu spumabant caerula cano*» 'pero el azul

[89] Claudiano, *Panegírico a Probino y Olibrio,* vv. 160-62.
[90] Claudiano, *Epitalamio de Honorio y María,* vv. 277-79.
[91] Claudiano, *Panegírico a Manlio Teodoro,* vv. 52-53.
[92] Petrarca, *Africa,* II, vv. 169-70, p. 86.
[93] Marino, *L'Adone,* X, 224, p. 575.
[94] Barahona de Soto, *Las lágrimas de Angélica,* p. 93.
[95] *Dictionnaire des antiquités grecques et romains, s. v. Flumina.*
[96] Ennio, *Annales,* I, v. 51.
[97] Macrobio, *I Saturnali,* VI, I, v. 12.
[98] Virgilio, *Eneida,* lib. 8, v. 72.
[99] Virgilio, *Geórgicas,* IV, v. 369.
[100] Tibulo, *Carmina,* I, VII, v. 23.

espumaba con la ola cana'[101]. De ahí procede su uso en la poesía castellana: «iba de espuma cana el agua llena»[102]; «y este interpuesto mar con más creciente / teñido en roja sangre el color cano»[103]; «entre dos mirtos, que de espuma canos»[104]. Lo que ocurre es que mientras en latín «*canus*» se aplicaba con igual propiedad a la espuma del mar que a los cabellos blancos, en castellano se debió de sentir siempre como metáfora, según la cual la espuma se comparaba con el color de las canas. Así *Autoridades* da como primera acepción de cano la referida a los cabellos y luego dice: «metafóricamente lo usan los poetas para pintar la blancura de muchas cosas».

v. 36 *rojo con la arena:* es proverbial la idea de que, como dice Covarrubias, «los antiguos celebraron este río [...] por la riqueza de sus arenas, entre las cuales se hallan algunos granillos de oro»; *rojo:* «se toma también por rubio, como el color del sol u del oro» (*Aut*). Góngora habla del «Tajo rubio»[105].

y el Nilo, a quien han dado,
teniendo hechos de mar, nombre de río,
no sin invidia, viendo que ha guardado
su cabeza de yugo y señorío, 40
defendiendo ignorada
la libertad que no pudiera armada;
el que por siete bocas derramado,
y de plata y cristal hidra espumante,
con siete cuellos hiere el mar sonante, 45
sirviendo en el invierno y el estío
a Egipto ya de nube, ya de río,
cuando en fértil licencia
le trae disimulada competencia.

El tema de los ríos cautivos da lugar a una digresión sobre el Nilo. Este río, por sus características especiales, fue un tema predilecto de la literatura clásica tanto en prosa como en verso. Llamaba la atención especialmente el que su crecida tuviera lugar en verano, cuando los otros ríos se secan, y el que nadie hubiera llegado a conocer sus fuentes. Hablan largamente del tema Herodoto[106], Lucrecio[107], Diodoro Sículo[108], Estrabón[109], Séneca[110],

[101] Virgilio, *Eneida,* VIII, v. 672.
[102] Garcilaso, *Obra poética,* «Égloga II», v. 1637.
[103] Ercilla, *La Araucana,* XXIV, 36, p. 670.
[104] Góngora, *Polifemo,* v. 211.
[105] Góngora, *Romances,* pp. 177 y 418.
[106] Herodoto, *Los nueve libros de la historia,* II, 19-34.
[107] Lucrecio, *De rerum natura,* VI, vv. 712-37.
[108] Diodorus Sículus, *Library of History,* I, 36-41.
[109] Estrabón, *Geografía,* 17, 4-5.
[110] Séneca, *Cuestiones naturales,* IV.

Plinio[111], y Ammiano Marcelino[112]. El tema aparece frecuentemente en la poesía; recuérdense el poema de Claudiano «*Nilus*», y las referencias ocasionales en Horacio[113], Ovidio[114], Propercio[115], Tibulo[116] y Lucano[117].

v. 38 *teniendo hechos de mar, nombre de río:* se le considera un río aunque sus crecidas, inundando y fertilizando la tierra de Egipto, lo hacen parecerse a un mar. Son varios los escritores antiguos que, hablando del Nilo, usan esta comparación, bastante obvia: compárese Séneca, *Cuestiones naturales:* «*Initio diducitur, deinde continuatis aquis, in faciem lati ac turbidi maris stagnat*» 'Al principio se despliega; después, al ser su caudal constante, se estanca adoptando el aspecto de un mar inmenso y turbio'[118]; Ammiano Marcelino: «*Progrediens in sublime, contegit omnia, et humo suppressa, per supina camporum speciem exhibet maris*» 'Levantándose hacia lo alto, lo cubre todo y, habiendo ocultado la tierra, llenando la extensión de los campos adopta el aspecto de un mar'[119]; Gregorio de Nacianzo, *Discursos:* «Egipto, al que enriquece su río, lluvia salida de la tierra y mar verdadero en tiempo oportuno»[120]. Virgilio, en la *Eneida,* compara el río Timavo, cuando se sale de su cauce, con el mar: «*it mare proruptum et pelago premit arva sonanti*» 'va impetuoso como un mar e inunda los campos con sus aguas sonantes'[121]. En el poema *Nápoles recuperada,* se cuenta que, estando el Sebeto casi seco, un deshielo súbito hizo que se desbordara: «Sebeto humilde, que la seca arena / bañar no puede en el ardiente estío, / soberbio ya con la creciente ajena, / fue mar primero que naciese río»[122]; hablando de una crecida del Guadiana, dice Bocángel: «Cuando erizado a golfos, Guadiana, / presumiendo de mar, se vio furioso / borrar la antigua ley de su ribera»[123].

v. 40 *su cabeza:* juego de palabras entre la acepción de cabeza como manantial o fuente de un río y la del animal bajo el yugo. El Nilo ha mantenido su cabeza libre del yugo porque, como se ha dicho, se desconocía el lugar de su nacimiento. La misma imagen se encuentra en Tasso: «e forse il Nilo occultarebbe in vano / dal

[111] Plinio, *Historia natural,* V, 51.
[112] Ammiano Marcelino, *Le Storie,* XXII, 3-13.
[113] Horacio, *Odas,* IV, XIV, 45-46.
[114] Ovidio, *Amores,* II, XIII, 9-10 y III, IV, 39; *Heroidas,* XIV, 107.
[115] Propercio, *Elegías,* II, 1, 31-32.
[116] Tibulo, *Carmina,* I, VII, vv. 21-24.
[117] Lucano, *La Farsalia,* I, 20.
[118] Séneca, *Cuestiones naturales,* lib. IV, 8.
[119] Ammiano Marcelino, *Le Storie,* XXII, 15, p. 577.
[120] Gregorio de Nacianzo, *Discursos,* 34, 1.
[121] Virgilio, *Eneida,* I, 246.
[122] Borja, *Nápoles recuperada,* p. 336.
[123] Bocángel, *La lira de la musas,* p. 314.

giogo il capo incognito e lontano»[124]. Aunque algunos comentaristas de la *Gerusalemme* interpretan «giogo» como 'cordillera o cadena montañosa' en la cual brotarían las desconocidas fuentes del Nilo, me parece menos rebuscada y más conforme con la letra del texto la que defienden otros: 'y quizá el Nilo ocultaría en vano del yugo la cabeza desconocida y lejana'. En cualquier caso, «capo» puede ser en italiano manantial, lo mismo que «cabeza» en castellano, aunque no sean acepciones frecuentes; pero los modelos clásicos refrendaban este uso, ya que en latín «*caput amnis*» es la denominación normal para la fuente de un río: compárese Virgilio: «*tristis ad extremi sacrum caput astitit amnis*» 'se detuvo entristecido junto a la fuente sagrada donde nace el río'[125]. En cuanto a «yugo», no parece que en castellano haya tenido el significado de 'cadena de montañas' que tiene en italiano, aunque Herrera lo usa con este valor: «un pequeño yugo o cumbre de diez o doce codos»[126].

v. 44 *hidra espumante:* Díaz de Rivas, en sus anotaciones a la *Canción de la toma de Larache* de Góngora, comentando el verso inicial, dice: «Alude a varios dichos de poetas que atribuyeron a los ríos propiedades y voces que son comunes a las serpientes», y pone ejemplos de Manilio, Pontano, Estacio, Lucano y otros[127]. Imagino que la idea de comparar al Nilo con una hidra viene de las siete bocas del Nilo y las siete cabezas (aunque el número varía en las diferentes versiones) de la hidra de Lerna. Compárese Calderón, *La hija del aire:* «Ese monstruo horrendo / que es con siete bocas hidra / de cristal»[128]; Bocángel, *La lira de las musas:* «Hacia la parte donde nace el día / la ciñe Éufrates, y hacia el occidente / la hidra de cristal, el Nilo alado»[129].

v. 45 *con siete cuellos:* según un cómputo canónico, el Nilo tenía siete bocas; la mención de este número es un lugar común de la literatura clásica, casi obligado cuando se habla de este río. Compárese Virgilio, *Eneida:* «*Septemgemini turbant trepida ostia Nili*» 'Se turban asustadas las siete bocas del Nilo'[130]; Ovidio, *Amores:* «*Ille fluens dives septena per ostia Nilus*» 'El fértil Nilo que desemboca por siete bocas'[131]; Ovidio, *Heroidas:* «*Per septem Nilus portus emissus in aequor*» 'El Nilo que se lanza al mar por siete bocas'[132]; Séneca, *Cuestiones naturales:* «*Nilus [...] per septena ostia in mare emittitur*» 'El

[124] Tasso, *Gerusalemme liberata,* III, 39.
[125] Virgilio, *Geórgicas,* IV, 319.
[126] Herrera, *Anotaciones,* p. 502.
[127] Ver Gates, 1961, p. 70.
[128] Calderón, *La hija del aire,* II, vv. 346-48.
[129] Bocángel, *La lira de las musas,* p. 302.
[130] Virgilio, *Eneida,* lib. 6, v. 800.
[131] Ovidio, *Amores,* III, VI, vv. 39-40
[132] Ovidio, *Heroidas,* XIV, v. 107.

Nilo [...] desemboca en el mar por siete bocas'[133]; Valerio Flaco, *Los argonautas:* «*Septem proiectus in amnes / Nilus*» 'El Nilo dividido en siete ríos'[134]; Silio Itálico, *Púnicas:* «*Terminus huic roseos Manis Lagues ad ortus / septeno impellens tumefacum gurgite pontum*» 'Hacia el rosado oriente ella se extiende hasta el río de los Lágidas [el Nilo], que con sus siete bocas engrosa el mar con las aguas que lanzan'[135]; Estacio, *Tebaida:* «*Nilus [...] / scindit fontis opes septemque patentibus arvis / in mare fert hiemes*» 'El Nilo [...] rompe la riqueza de sus fuentes, atraviesa la llanura y por siete bocas lanza al mar su corriente impetuosa'[136]; Claudiano, *Epitalamio de Honorio y María:* «*et septem despectat cornua Nilo*», 'domina las siete bocas del Nilo'[137]. Lo mismo se ve en la poesía posterior: compárese Sannazaro, *De partu virginis:* «*Nili supra septemplicis ortus*» 'sobre las siete desembocaduras del Nilo'[138]; Tasso, *Gerusalemme liberata:* «Poi Damiata scopre, e come porte / al mar tributo di celesti umori / per sette il Nilo sue famose porte»[139]; B. de Balbuena, *El Bernardo:* «Llevando de ignorancia en su cuidado / más que en sus siete bocas agua el Nilo»[140]; Marino, *La Galeria:* «là dove il Nil con sette rami ondeggia»[141]; también de Marino, *L'Adone:* «El Nil che'l mar con sette bocche frange»[142]; Príncipe de Esquilache, *Obras en verso:* «Donde el Nilo y sus brazos despeñados, / con bocas de cristal renombre adquieren, / por una viven y por siete mueren»[143]; Antonio Coello, *Los tres blasones de España:* «Aquella provincia, donde / cuanto humor escupe undoso / por siete bocas el Nilo / el mar se bebe de un sorbo»[144].

v. 45 *hiere el mar:* Díaz de Rivas, en sus anotaciones a la *Canción de la toma de Larache* de Góngora, comentando los versos que dicen: «el Luco, que [...] / intima guerra / al mar» (vv. 3-5), escribe que «los ríos con su ímpetu parece que le aumenten [al mar], y así Lucano dice que le hieren: 'Tethynque fugacem / qui ferit Hesperius post omnia flumina Baetis', *La Farsalia,* lib. II, vv. 588-89» 'y el Hesperio Betis [el Guadalquivir] que es el último de todos los ríos que hiere a la fugaz Tetis'; *sonante:* es un epíteto que la literatura áurea usó con preferencia para el mar, quizá porque Virgilio lo emplea, aunque en su caso es para hablar de las aguas

[133] Séneca, *Cuestiones naturales,* IV, 2, 12, vol. 2, p. 25.
[134] Valerio Flaco, *Argonautica,* VIII, vv. 90-91.
[135] Silio Itálico, *Punica,* I, 200-201.
[136] Estacio, *Tebaida,* VIII, vv. 359-61.
[137] Claudiano, *Epitalamio de Honorio y María,* v. 51.
[138] Sannazaro, *De partu virginis,* III, 341.
[139] Tasso, *Gerusalemme liberata,* XV, 16.
[140] Balbuena, *El Bernardo,* p. 289.
[141] Marino, *La Galeria,* p. 83.
[142] Marino, *L'Adone,* I, 98, p. 73.
[143] Borja, *Obras en verso,* p. 122.
[144] Coello, *Los tres blasones de España,* p. 546.

desbordadas de un río: «*it mare proruptum et pelago premit arva sonanti*» 'va impetuoso como un mar e inunda los campos con sus aguas sonantes'[145]. Compárese Tasso, *Il mondo creato:* «Ecco transcorre / A vele piene e sparse il mar sonante / Con destro vento corredate nave»[146]; Góngora, *Soledades:* «Vencida al fin la cumbre / del mar siempre sonante, / de la muda campaña, / árbitro igual e inexpugnable muro»[147]; Marino, *Poesie varie:* «Già [...] / del vermiglio mar l'onda sonante / signor, varcasti»[148].

v. 47 *ya de nube, ya de río:* le sirve de río cuando va por su cauce y de nube cuando sus crecidas riegan la tierra, con lo cual el río sustituye a las lluvias. Compárese Herrera, *Poesía castellana original completa:* «el fario Nilo, imitador del cielo»[149]; Tasso, *Rime:* «S'egli è dono del ciel, del ciel imago»[150]; Lupercio L. de Argensola, *Rimas:* «Cuando en la sed del implacable estío / (aunque jamás el cielo a Egipto riega) / suple sus faltas solamente un río»[151]. La idea aparece en el texto de San Gregorio de Nacianzo citado en la nota al verso 38.

v. 48 *licencia:* es palabra empleada por Quevedo para hablar de las aguas que traspasan su límite. Por ejemplo, aludiendo al Diluvio, dice: «cuando con licencia rigurosa / fue el mar abrazo universal del suelo»[152]. Aquí, la licencia de las aguas no es «rigurosa», sino «fértil». Parece que hay que entender «licencia» en el sentido de 'irrupción' o algo parecido, de forma semejante a como usa Garcilaso el adjetivo cuando habla de «la llama licenciosa»[153] que abrasó a Cartago y que, según Herrera[154], procede de Ariosto: «Come quando si dà fuoco a la mina, / pel lungo solco de la negra polve / licenciosa fiamma arde e camina»[155]. En otro lugar, Quevedo refiriéndose al ímpetu de un incendio, habla de la «licencia de la llama»[156].

v. 49 *le trae disimulada competencia:* no estoy seguro de interpretar bien esta frase, pero creo que el significado es el siguiente: «le» se refiere al mar, de manera que es el río quien le trae al mar «disimulada competencia». Existe la idea, tradicional en la literatura, de que el río, al desembocar en el mar, lo empuja, lucha con él, es decir, entra en competencia con él. Tasso, *Gerusalemme liberata,*

[145] Virgilio, *Eneida,* lib. 1, v. 246.
[146] Tasso, *Il mondo creato,* V, vv. 597-99.
[147] Góngora, *Soledades,* I, vv. 53 y ss.
[148] Marino, *Poesie varie,* p. 300.
[149] Herrera, *Poesía castellana original completa,* p. 593.
[150] Tasso, *Rime,* núm. 1480, p. 213.
[151] Lupercio L. de Argensola, *Rimas,* p. 123.
[152] Ver *PO,* núm. 192, vv. 409-10.
[153] Garcilaso, *Obra poética,* soneto XXXV.
[154] Herrera, *Anotaciones,* p. 472.
[155] Ariosto, *Orlando furioso,* XXVII, 24.
[156] Quevedo, *Obras en prosa,* p. 1051.

dice que el Po al desembocar «pare che guerra porti e non tributo / al mare»[157]; Góngora, en la *Canción a la toma de Larache,* siguiendo a Tasso, dice: «el Luco [...] / si no niega el tributo, intima guerra / al mar»[158]; Lope de Vega emplea la misma palabra que Quevedo en un contexto semejante: «El Tajo, por quien osa Manzanares [...] / entrar en competencia con los mares»[159]; el mismo uso encontramos en el conde de Rebolledo hablando de un afluente del Duero: «la entrada en el Duero caudaloso / más competencia que amistad parece»[160]. Pero aquí la competencia es «disimulada», pues no se trata de que el río luche con el mar al entrarse en él, sino que, al cubrir la tierra de Egipto, se convierte él mismo en un mar, como se dice en el verso 38.

Añudaron al Tibre cuello y frente 50
puentes en lazos de alabastro puros,
sobre peñascos duros,
llorando tantos ojos su corriente,
que aun parecen, en campo de esmeralda,
las puentes Argos y pavón la espalda, 55
donde muestran las fábricas que lloras
la fuerza que en los pies llevan las horas,
pues, vencidos del tiempo, y mal seguros,
peligros son los que antes fueron muros,
que en siete montes círculo formaron, 60
donde a la libertad de las naciones
cárcel dura cerraron.

La idea del Tíber como símbolo del poder de Roma lleva a una nueva asociación; ahora se contempla en medio de la ciudad, cruzado por diversos puentes, y de ahí se pasa a evocar las ruinas actuales.

v. 50: en este verso el puente se metaforiza en un yugo que se le pone al río. Recuérdese que entre los romanos era frecuente representar a las divinidades de los ríos en figura de toro. La imagen parece que surge por atracción de las palabras anteriores sobre el Nilo, «que ha guardado / su cabeza de yugo» (vv. 39-40). La misma metáfora aparece en un poema de Vélez de Guevara que también se refiere a la Roma antigua: «de aquella puente que os sirvió de yugo»[161]. Las coyundas que atan estos yugos están hechas de espuma: por eso son «lazos puros de alabastro». Encuentro un antecedente clásico de esta metáfora en Floro, que hablando de un puente que mandó hacer César sobre el Rin, dice que los

[157] Tasso, *Gerusalemme liberata,* IX, 46.
[158] Góngora, *Canción a la toma de Larache,* p. 130.
[159] Lope de Vega, *Obras poéticas,* p. 632.
[160] Rebolledo, *Ocios,* p. 248.
[161] En Calderón, *Segunda parte de la flor de poetas ilustres,* p. 200.

habitantes del otro lado del río huyeron espantados «*cum Rhenum suum sic ponte quasi iugo captum viderent*» 'cuando vieron a su Rin cautivo por el puente como bajo un yugo'[162]. La metáfora está relacionada, sin duda, con la imagen virgiliana de «*pontem indignatus Araxes*», así como con la idea de que los ríos de los territorios dominados van uncidos al yugo de Roma, como en el «*bisque iugo Rhenum*» de Estacio. Estos dos lugares han sido citados anteriormente en la nota a los versos 33-36.

v. 53: la metáfora lexicalizada de «los ojos del puente» se revitaliza haciendo que estos ojos «lloren» la corriente del río, al igual que había hecho Góngora con un tono humorístico: «Señora doña puente segoviana, / cuyos ojos están llorando arena»[163]. Vélez de Guevara usa esta misma figura: «esa hermosa puente, cuyos ojos rasgados lloran a Genil»[164]. El Tíber llora la ruina de la ciudad, al igual que en el soneto «Buscas en Roma a Roma»[165].

v. 54 *en campo de esmeralda:* 'sobre fondo verde'. La frase «en campo de» se empleaba para hablar del color sobre el que destacaban los dibujos de las telas o, en el lenguaje de la heráldica, las imágenes de los escudos de armas. No sé si Quevedo piensa que el fondo verde son las aguas del río o los campos verdes de sus orillas.

vv. 54-55: Argos, según la leyenda, tenía cien ojos. Los puentes son Argos porque son muchos y porque cada uno, además, puede tener varios «ojos» o arcos. La espalda del río es pavón. Según la leyenda, Juno, una vez muerto Argos, puso sus cien ojos en la cola del pavo real. De ahí la relación que se establece en este verso entre Argos y pavón.

v. 55 *espalda:* la idea proviene del uso de la palabra latina «*tergum*» que podía significar, además de espalda, la superficie de la tierra, del mar o de un río, como en estos tres ejemplos: compárese Virgilio, *Geórgicas:* «*undaque iam tergo ferratos sustinet orbis*» 'y la onda ya aguanta sobre la espalda ruedas recubiertas de hierro'[166]; Ovidio, *Ponticas:* «*dura meant celeri terga per amnis equo*» 'recorren la endurecida espalda del río con veloces caballos'[167]; Plinio el Joven, *Panegírico:* «*Cum Danubius ripas gelu iungit duratusque glacie ingentia tergo bella transportat*», 'Cuando el Danubio, con la helada, une sus orillas y, endurecido por el hielo, deja pasar sobre sus espaldas guerras terribles'[168]. La expresión, se percibe en castellano con un claro valor metafórico: compárese Francisco de Borja,

[162] Floro, *Epitome of Roman History,* I, XLV, 15, pp. 204-205.
[163] Góngora, *Sonetos completos,* p. 180.
[164] Vélez de Guevara, *El diablo cojuelo,* p. 69.
[165] *PO,* núm. 213.
[166] Virgilio, *Geórgicas,* III, 361.
[167] Ovidio, *Ponticas,* I, 2, v. 80.
[168] Plinio el Joven, *Panegírico,* XII, 3.

Príncipe de Esquilache, *Obras en verso:* «Donde por selvas de tu curso ajenas, / soberbio Tajo, con furor caminas, / cargando tus espaldas cristalinas / de troncos y de estériles arenas»[169]; Góngora, *Romances,* la usa de forma humorística: «Vos, [río Tajo], que por pena cada año / de vuestros graves delitos / os menean las espaldas / más de ducientos mil pinos»[170].

v. 56: aunque el verso 50 nos lleva a pensar en la Roma antigua, cuando se construyeron los puentes sobre el Tíber, ahora se habla del río que corre entre las ruinas actuales de Roma. En las orillas del río, o reflejadas en sus aguas, se ven los antiguos edificios o «fábricas» romanos. El sujeto de «lloras» parece en efecto que debe ser la ciudad misma, de la que hasta el momento se ha hablado en tercera persona pero que a partir de ahora va a ser objeto de interpelación en todo el resto del poema, salvo en unos pocos versos, del 111 al 115 en donde, esporádicamente, surge otro interlocutor.

v. 57: los edificios, con su ruina, muestran «la fuerza que en los pies llevan las horas», es decir, 'el poder del paso del tiempo'.

v. 59: los que antes fueron «muros» ahora son «peligros», en una imagen sintética muy propia de Quevedo, pues amenazan con derrumbarse. Compárese Petrarca, *Secretum meum:* «*accedunt et magnarum edium ruine, quas bene quidam ait olim tutelam hominum fuisse, nunc esse periculum*» 'se suman también las ruinas de las grandes mansiones, amparo de los hombres de antaño, ahora peligro para ellos –alguien lo ha dicho certeramente'[171]. Los anotadores de la edición española explican: «Es tópico que resuena en múltiples lugares»[172] y recuerdan este pasaje de Quevedo. Pero mientras que Petrarca habla de las paredes de los grandes edificios, en Quevedo se trata de las murallas, las cuales «formaron un círculo en siete montes», en las famosas siete colinas sobre las que estaba construida Roma.

vv. 60-62: los muros de Roma fueron «cárcel dura a la libertad de las naciones» sometidas a su dominio.

Trofeos y blasones
que en arcos diste a leer a las estrellas,
y no sé si a invidiar a las más dellas, 65
¡oh Roma generosa!,
sepultados se ven donde se vieron:
en la corriente ondosa.
Tan envidiosos hados te siguieron,
que el Tibre, que fue espejo a su hermosura, 70
los da en sus ondas llanto y sepultura;

[169] Francisco de Borja, *Obras en verso,* p. 18.
[170] Góngora, *Romances,* p. 244.
[171] Petrarca, *Secretum meum,* p. 50. Petrarca, *Prosa,* ed. Rico, p. 56.
[172] Petrarca, *Prosa,* ed. Rico, p. 144.

y las puertas triunfales,
que tanta vanidad alimentaron,
hoy ruinas desiguales,
(que, o sobraron al tiempo, o perdonaron 75
las guerras) ya caducan, y, mortales,
amenazan donde antes admiraron.

Estos versos constituyen una amplificación del tema anterior: de nuevo se habla de las ruinas y del río que fluye entre ellas.

v. 63 *Trofeos:* «Insignia o señal expuesta al público para memoria del vencimiento» (*Aut*).

vv. 67-68: los monumentos a la gloria de los vencedores, arruinados, han caído a las aguas del río: 'se ven sepultados donde antes se vieron', es decir, 'donde contemplaron su propio reflejo'. En el verso 70 el río es «espejo» a la pasada hermosura de la ciudad. Compárese Vélez de Guevara: «Turbias aguas del Tíber, que habéis sido / de puentes y arcos mármoles triunfales / para mirarse espejos y cristales, / donde como Narcisos han caído»[173].

v. 71 *los:* el antecedente es «trofeos y blasones», del verso 63.

v. 72 *puertas triunfales:* arcos de triunfo.

v. 74 *desiguales:* informes, abruptas. Compárese Rioja, *Poesía:* «Estas ya de la edad canas ruinas, / que aparecen en puntas desiguales»[174]; o los versos de Quevedo: «Los montes invencibles / [...] / embarazando el suelo / con el horror de puntas desiguales»[175].

v. 75 *sobraron al tiempo:* que quedaron como «sobras», como restos que sobreviven a lo que el tiempo destruyó (ver vv. 117-18).

v. 76 *ya caducan:* 'se están desmoronando'.

Los dos rostros de Jano
burlaste, y en su templo y ara apenas
hay yerba que dé sombra a las arenas, 80
que primero adoró tanto tirano.
Donde antes hubo oráculos, hay fieras;
y, descansadas de los altos templos,
vuelven a ser riberas las riberas;
los que fueron palacios son ejemplos; 85
las peñas que vivieron
dura vida, con almas imitadas,
que parece que fueron
por Deucalión tiradas,
no de ingeniosa mano adelgazadas, 90
son troncos lastimosos,
robados sin piedad de los curiosos.

[173] Calderón, *Segunda parte de la flor de poetas ilustres,* p. 200.
[174] Rioja, *Poesía,* p. 200.
[175] *PO,* núm. 145, vv. 184-90.

Solo en el Capitolio perdonaste
las estatuas y bultos que hallaste,
y fue, en tu condición, gran cortesía, 95
bien que a tal majestad se le debía.

vv. 78-79: el templo de Jano está destruido, como los de los otros dioses, pero se destaca que en este caso era más difícil burlar la vigilancia que se supone que ejerce el dios sobre su propio templo, pues Jano tenía dos caras que miraban en direcciones opuestas. La idea de Quevedo parece proceder de unos versos de Persio, donde se dice que de Jano no se puede burlar nadie a sus espaldas: «*O Iane, a tergo quem nulla ciconia pinsit / nec manus auriculas imitari mobilis albas*» '¡Feliz tú, Jano, a cuya espalda no picotea ninguna cigüeña ni hacen burla manos hábiles en imitar blancas orejas de burro!'[176]. Uno de los sonetos satíricos de Quevedo se basa en estos mismos versos: «¡Oh Jano, cuya espalda la cigüeña / nunca picó, ni las orejas blancas / mano burlona te imitó a las ancas: / que tus espaldas respetó la seña»[177]. Naturalmente hay un deslizamiento semántico entre «burlarse de alguien, reírse de él», según lo que dice Persio, y «burlar la vigilancia, engañar», que es lo que hay en el poema de Quevedo que comentamos.

vv. 79-80: la hierba que cubre los viejos monumentos es un signo de su ruina. En *Las lágrimas de Jeremías castellanas,* tras citar algunos lugares de Virgilio, Ovidio y Lucano, Quevedo concluye: «De manera que era universal y común género de encarecer la soledad y ruinas de una ciudad el decir que estaba cubierta de hierba»[178]. Parece que aquí se encarece aún más la ruina diciendo que casi ni hay hierba.

v. 81: el templo y el ara de Jano es lo «que primero adoró tanto tirano». Lo de «primero» debe significar 'en primer lugar', y parece referirse a lo que dice Pérez de Moya: «los romanos [...] jamás hacían sacrificio a los dioses que primero no llamasen o invocasen a Jano [...] hacían esto porque creyeron que Jano estaba de contino a la puerta del cielo, de modo que no podían los ruegos y preces de los mortales pasar a los otros dioses si Jano no les concedía la entrada»[179]. Esta noticia procede de Macrobio, *Saturnales,* según el cual Jano «*eum in sacrificiis praefationem meruisse perpetuam*» 'tuvo la prerrogativa de ser invocado el primero en los sacrificios'[180]. Y luego, en otro pasaje, aclara: «*Invocarique primum, cum aliqui deo res divina celebratur, ut per eum pateat ad illum cui innolatur accesus, quasi preces supplicum per portas suas ad deos ipse*

[176] Persio, *Sátiras,* I, vv. 58-59.
[177] *PO,* núm. 567, vv. 1-4.
[178] Quevedo, *Obra poética,* ed. Blecua, vol. 4, p. 377.
[179] Pérez de Moya, *Philosofía secreta,* p. 323.
[180] Macrobio, *I Saturnali,* I, 9, 3.

transmittat» 'En cuanto a ser invocado el primero cuando se hacen sacrificios a algún otro dios, es para que él favorezca el acceso al dios al cual se sacrifica, como si fuese el que hace pasar a los dioses a través de sus puertas las plegarias de los suplicantes'[181].

v. 83 *descansadas:* aliviadas del peso.

v. 85: los palacios en ruinas son ahora ejemplo de lo transitorio de las glorias humanas.

vv. 86-90: se habla de las antiguas estatuas, piedras que parecían tener vida propia y que, por ello, pueden ser comparadas con las que, según la leyenda, tiró Deucalión, las cuales se convirtieron en seres humanos. Esta misma alusión aparece en otros poemas de Quevedo: «Y el rústico linaje, / que fue de piedra dura, / vuelve otra vez viviente en escultura»[182]; y «el escultor a Deucalión imite / cuando anime las piedras de su casa»[183].

v. 90 *no de ingeniosa mano adelgazadas:* 'no esculpidas por la mano de un ingenioso artista'.

v. 91 *troncos lastimosos:* cuerpos mutilados, que han perdido los brazos y las cabezas, y por ello producen lástima.

v. 93: ya en la época de Quevedo, al igual que hoy, se podían ver, en el palacio de los Conservadores del Capitolio, diversas estatuas y sarcófagos de la antigüedad.

v. 94 *bultos:* aquí, 'estatuas', 'esculturas'.

Allí del arte vi el atrevimiento;
pues Marco Aurelio, en un caballo, armado,
el laurel en las sienes añudado,
osa pisar el viento, 100
y en delgado camino y sendas puras
hallan donde afirmar sus herraduras.
De Mario vi, y lloré, desconocida,
la estatua a su fortuna merecida;
vi en las piedras guardados 105
los reyes y los cónsules pasados;
vi los emperadores,
dueños del poco espacio que ocupaban,
donde solo por señas acordaban
que donde sirven hoy fueron señores. 110

Cuervo observa que el poema adquiere aquí, con la repetición de la forma verbal «vi», un tono personal que hasta ahora no tenía y que después vuelve a desaparecer: «Por el hecho de haber estado Quevedo pocos días del mes de abril de 1617 en la capital del orbe católico, se ha dado por cierto que el soneto *A Roma sepultada en sus ruinas* y la silva *Roma antigua y moderna* representan la

[181] Macrobio, *I Saturnali,* I, 9, 9.
[182] *PO,* núm. 145, vv. 220-22.
[183] *PO,* núm. 27, vv. 9-10.

impresión inmediata que la ciudad produjo en el poeta y que ambas fueron escritas entonces. Pero ni la una ni la otra son originales, y aun cuando tienen pormenores y ampliaciones propias, pudieron escribirse en otro tiempo, probablemente después, avivados los recuerdos por aquellas de que son imitación»[184]. Como ejemplo de estos posibles recuerdos personales, Cuervo transcribe a continuación los versos del pasaje que estamos comentando. La referencia a las estatuas mutiladas lleva a una digresión sobre las esculturas guardadas en el Capitolio y sobre la estatua de Marco Aurelio, en la que no hay nada que pueda verse como signo de ruina o decadencia.

vv. 97-102 *Marco Aurelio, en un caballo, armado [...] herraduras:* se refiere a la estatua ecuestre de Marco Aurelio, que se halla en la plaza del Capitolio desde que fue llevada allí por Miguel Ángel en 1538. Como la escultura se halla sobre un pedestal elevado, Quevedo dice que el caballo camina sobre el viento. En un soneto dedicado a otra estatua ecuestre, la de Felipe III que se encuentra hoy en la Plaza Mayor de Madrid, dice Quevedo: «Quiere de tu caballo la herradura / pisar líquidas sendas»[185]. «Líquidas» está usado aquí en el sentido latino de 'aérea'[186].

v. 97 *atrevimiento:* «esfuerzo, ánimo, valor» (*Aut*).

vv. 103-104: desde 1590 hay en el Capitolio un monumento que tradicionalmente se llama «trofeo de Mario», y que se ha identificado con el que repuso allí Julio César[187], aunque hoy se sabe que no es el mismo. Biondo da Forli, en *Roma trionfante,* hablando de los diversos trofeos que se conservaban en el XVI, dice: «Ma i maggiori di tutti gli altri sono quelli di C. Mario per la vittoria di Cimbri, che Sila (come referisce Tranquillo) gitò per terra, e C. Cesare poi li ripose honoratamente nel luoco loro, e hora si veggono mezzi rovinati, presso le chiese di san Giuliano e di santo Eusebio, per la strada che va da l'arco di san Vito a santa Croce»[188]; *desconocida:* debe referirse al hecho de que el monumento no tiene inscripción alguna. Por eso es la escultura «a su fortuna merecida». No creo que signifique 'la que mereció por su maldad' sino 'la que armoniza con su suerte trágica'. Mario es, ya en la literatura latina, un ejemplo canónico de la fragilidad de la fortuna: ver Ovidio[189], Veleyo Patérculo[190], Séneca[191], Lucano[192] y Juvenal[193].

[184] Cuervo, 1908, p. 432.
[185] *PO,* núm. 212, vv. 5-6.
[186] Ver Quevedo, *La musa Clío del Parnaso español,* p. 49.
[187] ver Suetonio, *Vida de los doce césares,* «César», cap. XI, y Plutarco, *Vidas paralelas,* «César», cap. VI.
[188] Biondo da Forli, *Roma trionfante,* fol. 356.
[189] Ovidio, *Ponticas,* IV, 1, 45-48.
[190] Veleyo Patérculo, *Compendio de historia de Roma,* II, XIX, 4.

v. 105 *las piedras:* son los sarcófagos donde se guardan las cenizas de los poderosos.

v. 108 *dueños del poco espacio que ocupaban:* se contrapone la amplitud de los territorios de los que fueron dueños en vida y el breve espacio del sarcófago del que son dueños ahora. Resuena aquí un lugar común de la antigüedad, que con frecuencia se concretó en la figura de Alejandro Magno: compárese Juvenal: «*Unus Pellaeo iuveni non sufficit orbis, / aestuat infelix angusto limite mundi [...] / cum tamen a figulis munitam intraverit urbem, / sarcophago contentus erit*» 'Un mundo no le basta al joven de Pela [Alejandro]; se quema el infeliz en el estrecho límite del orbe [...] Sin embargo, después que haya entrado en la ciudad fortificada por alfareros [Babilonia], habrá de estar contenido en un sarcófago'[194]; o Quevedo: «Quien no cupo en la tierra al habitalla, / se busca en siete pies y no se halla»[195].

v. 109 *donde solo por señas:* solo quedaban restos, o inscripciones, que recordaban su antiguo poderío.

¡Oh coronas, oh cetros imperiales,
que fuistes, en monarcas diferentes,
breve lisonja de soberbias frentes,
y rica adulación en los metales!,
¿dónde dejasteis ir los que os creyeron? 115
¿cómo en tan breves urnas se escondieron?
¿De sus cuerpos sabrá decir la Fama
dónde se fue lo que sobró a la llama?
El fuego examinó sus monarquías,
y yacen, poco peso, en urnas frías, 120
y visten (¡ved la edad cuánto ha podido!)
sus huesos polvo, y su memoria, olvido.

La referencia a las estatuas mutiladas, como signo de la decadencia de Roma, lleva a pensar en los restos conservados en el Capitolio y, a partir de aquí, la imagen de los sarcófagos conduce al poeta a una digresión en la que ya no se habla de la ruina de la ciudad, sino, en general, de la fragilidad del poder, típico tema barroco al que Quevedo dedica la silva *A los huesos de un rey que se hallaron en un sepulcro*[196].

vv. 111-15: se dirige a las coronas y a los cetros como emblemas del poder, para preguntarles qué han hecho de aquellas per-

[191] Séneca, *Ad Lucilium epistulae morales,* XCIV, 66. También *Epigramas,* 24, 33-38.
[192] Lucano, *La Farsalia,* II, 68-133.
[193] Juvenal, *Sátiras,* X, 276-82.
[194] Juvenal, *Sátiras,* X, vv. 168-72.
[195] *PO,* núm. 142, vv. 25-26.
[196] *PO,* núm. 142.

sonas que «os creyeron», que confiaron en las glorias del poder terrenal: '¿Adónde habéis dejado ir a los que creyeron en vosotros?'.

v. 113 *breve lisonja de soberbias frentes:* la corona halagó una frente soberbia durante breve tiempo.

v. 116: la imagen de las cenizas en la urna como único vestigio del hombre que fue en tiempos célebre o poderoso, se encuentra en la poesía latina: compárese Ovidio, *Metamorfosis:* «*Iam cinis est, et de tam magno restat Achille / nescio quid parvum, quod non bene conpleat urnam*» 'Ya es ceniza y del tan grande Aquiles queda no sé qué, que no llena del todo la pequeñez de una urna'[197]; Ovidio, *Amores:* «*Iacet, ecce, Tibullus, / vix manet e toto, parva quod urna capit*» 'He aquí que yace Tibulo; a duras penas de todo su cuerpo permanece lo que puede contener una pequeña urna'[198]; Séneca: «*Ecce vix totam Hercules / complevit urnam*» 'Mirad si apenas Hércules ha podido colmar una urna'[199]. La imagen aparece varias veces en Quevedo: «Descansan Creso y Craso, / vueltos menudo polvo, en frágil vaso»[200]. El sintagma «urna breve» es una acuñación lexicalizada en la poesía áurea: «en corto espacio y límite se encierra, / en urna breve»[201]; «Breve urna los sella como huesos»[202]; «y en urna breve funerales danzas / coronaron sus huesos de alhelíes»[203]; «En silencio en horror, en urna breve / descansa Montalbán»[204]; «Urna breve contiene el vasto pecho / en que tan magno corazón cabía»[205]. El antecedente más antiguo que conozco se halla en un epitafio de Pontano: «*Hos cineres brevis urna tegit*» 'Una breve urna encierra estas cenizas'[206]. También emplea esta misma expresión Tasso: «Or che breve urna e vil terreno accoglie / l'umor onde tu stral spesso s'intinse»[207].

vv. 117-18: se pregunta si la fama sabrá decir qué fue de sus cenizas, esto es, de 'lo que sobró de sus cuerpos a la llama'. Compárese Quevedo: «Yo soy ceniza que sobró a la llama»[208].

v. 119 *El fuego examinó sus monarquías:* imagina que el fuego que redujo a cenizas los cadáveres de los reyes sirvió para examinar la calidad de su poder, «como el fuego muestra los quilates del

[197] Ovidio, *Metamorfosis,* XII, vv. 615-16.
[198] Ovidio, *Amores,* III, IX, vv. 39-40.
[199] Séneca, *Hercules Oetatus,* vv. 1762-63.
[200] *PO,* núm. 24, vv. 23-24.
[201] Espinel, *Diversas rimas,* p. 252.
[202] Góngora, *Sonetos completos,* p. 150.
[203] Góngora, *Sonetos completos,* p. 236.
[204] Francisco de Borja, *Obras en verso,* p. 68.
[205] Conde de Rebolledo, *Ocios,* p. 520.
[206] Pontano, *Poesie latine,* p. 258.
[207] Tasso, *Rime,* núm. 1499, p. 234.
[208] *PO,* núm. 489, v. 9.

oro»[209], ya que «una de las cualidades que tiene el fuego es purgar, y así con él se refina el oro y se purifican los demás metales»[210]; «bien sé que de la pena que le abrasa / saldrá cual oro a quien el crisol prueba»[211]; «como examina el fuego / del precioso metal segundo padre, / la parte que ha tomado / de su primera madre»[212]. El fuego es el segundo padre, pues el primero es el sol, según la antigua creencia de que este engendraba el oro en el seno de la tierra. La madre, esta sí primera, es la tierra.

v. 120 *poco peso:* la idea del poco peso de las cenizas del cadáver procede también de la poesía latina: compárese Propercio: «*Et sum, quod digitis quinque legatur, onus*», 'Y soy peso que se coge con los cinco dedos'[213]; y del mismo autor: «*et tanti corpus Achilli / maximaque in parva sustulit ossa manu*» 'y levantó en su mano pequeña los grandes huesos del enorme Aquiles'[214]; Juvenal: «*Expende Hannibalem; quot libras in duce summo / invenies?*» 'Calcula el peso de Aníbal. ¿Cuántas libras encontrarás en el más ilustre de los generales?'[215]. Véase en Quevedo: «Y ya en urna ignorada, / tan grande capitán y tanto miedo / peso serán apenas para un dedo»[216]; «y no pesa una libra, reducido / a cenizas, el rayo amanecido / en Macedonia a fulminar agravios»[217].

Tú, no de aquella suerte,
te dejas poseer, Roma gloriosa,
de la invidiosa mano de la muerte: 125
escalote feroz gente animosa,
cuando del ánsar de oro las parleras
alas y los proféticos graznidos,
siendo más admirados que creídos,
advirtieron de Francia las banderas; 130
y en la guerra civil, en donde fuiste
de ti misma teatro lastimoso,
siendo de sangre ardiente, que perdiste,
pródiga tú, y el Tibre caudaloso,
entonces, disfamando tus hazañas, 135
a tus propias entrañas
volviste el hierro que vengar pudiera
la grande alma de Craso, que, indignada,
fue en tu desprecio triunfo a gente fiera,
y ni está satisfecha ni llorada. 140

[209] Cervantes, *Quijote,* I, 23.
[210] Horozco y Covarrubias, *Emblemas,* núm. 117.
[211] Valdivielso, *Vida del patriarca San Josef,* p. 178.
[212] Conde de Rebolledo, *Ocios,* p. 327.
[213] Propercio, *Elegías,* IV, 11, v. 14.
[214] Propercio, *Elegías,* II, IX, vv. 13-14.
[215] Juvenal, *Sátiras,* X, vv. 147-48.
[216] *PO,* núm. 145, vv. 350-52.
[217] *PO,* núm 28, primera versión, vv. 6-8.

En estos versos se recuerdan tres episodios muy dispares de la historia de Roma, cuya función en el poema no acaba de estar del todo clara y que contribuyen a darle su peculiar tono digresivo.

vv. 126-30: habla del famoso episodio de los gansos del Capitolio, que alertaron con sus graznidos a la guardia cuando los galos intentaban escalarlo en medio de la noche. El hecho tuvo lugar en el saqueo de Roma por Breno el año 386 a. C.

v. 127 *ánsar de oro:* esta atribución resulta un tanto extraña. Creo que tiene que ver con un verso de Virgilio que, refiriéndose a este episodio de los gansos, que figura en el escudo de Eneas, dice: «*Atque hic auratis volitans argenteus anser / porticibus*» 'Y aquí el ganso de plata aleteando en los pórticos dorados'[218]. Ya los antiguos comentaristas se preguntaban si «*argenteus*» quería decir simplemente «blanco», si se trataba de que el ganso estaba esculpido en plata en el escudo o si había una referencia a un ganso de plata que, en recuerdo del episodio, se guardaba en el templo de Juno en el Capitolio. Esta incertidumbre, unida al hecho de que se hable en el mismo verso de «pórticos de oro», pudo crear cierta confusión en la memoria de Quevedo. De hecho, la traducción de la *Eneida* de Diego López, publicada en 1601 y muy leída en la época, incurre en el mismo error: «un ganso blanco esculpido aquí en oro cantaba que estaban los franceses en la entrada»[219].

vv. 127-28 *las parleras alas:* en algunos de los relatos de este episodio se dice que los gansos alertaron a los centinelas no solo con sus graznidos sino también con el batir de sus alas: compárese Tito Livio: «*clangore eorum alarumque crepitu*» 'con su graznido y con el chasquido de las alas'[220]. Ver también el verso de Virgilio citado en la nota anterior.

v. 128 *proféticos graznidos:* Quevedo usa el adjetivo de una manera ligeramente desviada, pues aquí «profético» no significa que anuncia el futuro, sino que alerta sobre el peligro actual. Lo mismo ocurre en el poema sobre la campana de Velilla[221], que sonó para anunciar la muerte de Felipe III, y a la que Quevedo llama «profético metal».

v. 130 *de Francia las banderas:* las banderas de los galos. Aunque los galos que atacaron Roma procedían del norte de Italia, luego se ha identificado tradicionalmente la Galia con Francia, sin más.

vv. 131-40: en estos versos se habla de las guerras civiles. La sintaxis es bastante problemática: suprimo el punto que pone Blecua al final del verso 134, porque de ese modo la oración queda

[218] Virgilio, *Eneida,* lib. 8, vv. 655-56.
[219] Virgilio, Eneida, tr. D. López, fol. 199.
[220] Tito Livio, *Historia de Roma,* V, cap. 47.
[221] *PO,* núm. 92.

truncada. Interpreto el «entonces» del verso siguiente como un recapitulador de lo anterior.

vv. 133-40: 'siendo pródiga tú de tu propia sangre, que perdiste en abundancia, y haciendo que el Tíber aumentara con ella su caudal'. La fórmula recuerda el verso de la *Epistola al conde duque* donde se dice que la España antigua era una nación «pródiga del alma»[222], en el sentido de que sus gentes estaban siempre dispuestas a dar su vida. La fórmula proviene, como advierte González de Salas, de una frase de Silio Itálico referida también a los españoles: «*Prodiga gens animae*»[223]. Esta misma frase la cita Quevedo en su carta a Luis XIII, «Silio Itálico, grande orador, sumo poeta, dos veces cónsul, os asegura que los españoles se abalanzarán a vos con valentía luego que os declaréis por muerte. Estas son sus palabras: "Son los españoles gente pródiga del alma y que fácilmente se llega a la muerte"»[224]. Estacio usa la misma expresión: «*Iamque ut mihi prodiga vitae [...] / aspicias*» 'Y ahora mira cómo soy pródigo de mi vida'[225].

vv. 136-37 *a tus propias entrañas volviste el hierro:* compárese Virgilio: «*neu patriae validas in viscera vertite vires*» 'no volváis vuestro robusto vigor contra las entrañas de la patria'[226].

vv. 136-40: la idea de que la violencia con que los romanos lucharon entre sí en la guerra civil hubiera debido dedicarse a vengar la muerte de Craso procede de Lucano: «*Quis furor, o cives, quae tanta licentia ferri? / Gentibus invisis Latium praebere cruorem / cumque superba foret Babylon spolianda tropaeis / Ausoniis umbraque erraret Crassus inulta / bella geri placuit nullos habitura triumphos?*» '¿Qué locura es esta, ciudadanos, qué es este desenfreno de las armas? ¿Os agradó hacer una guerra en la que no puede haber victoria y ofrecer sangre romana a pueblos que nos odian cuando la soberbia Babilonia aún debe ser despojada de los trofeos ausonios y la sombra de Craso anda errante sin haber sido vengada?'[227].

v. 138: el adjetivo «indignada» aplicado a «alma» recuerda el uso virgiliano en *Eneida*[228]. Véase Quevedo: «irá el alma indignada con gemido»[229].

v. 139: 'Fue un triunfo para los enemigos, para ofensa y vilipendio del poder de Roma'. Craso murió en la batalla de Carre contra los partos, el año 53 a. C.

[222] *Epistola al conde duque,* v. 37.
[223] Silio Itálico, *Punica,* I, v. 225.
[224] Quevedo, *Epistolario completo,* p. 309.
[225] Estacio, *Tebaida,* III, vv. 69-71.
[226] Virgilio, *Eneida,* VI, 833.
[227] Lucano, *La Farsalia,* I, vv. 8-12.
[228] Virgilio, *Eneida,* lib. 11, v. 831 y lib. 12, v. 952. Ver Rey, 1995, p. 57.
[229] *PO,* núm. 28, v. 2.

Después, cuando invidiando tu sosiego,
duro Nerón dio música a tu fuego,
y tu dolor fue tanto,
que pudo junto ser remedio el llanto,
abrasadas del fuego, sobre el río, 145
torres llovió en ceniza viento frío;
pero de las cenizas que derramas
fénix renaces, parto de las llamas,
haciendo tu fortuna
tu muerte vida y tu sepulcro cuna, 150
mientras con negras manos atrevidas
osó desañudar de sacras frentes
desdeñoso laurel, palmas torcidas,
que fueron miedo sobre tantas gentes;
hurtó el Imperio, que nació contigo, 155
y diole al enemigo;
mas tú, o fuese estrella enamorada,
o deidad celestial apasionada,
o en tu principio fuerza de la hora,
naciste para ser reina y señora 160
de todas las ciudades.
En tu niñez te vieron las edades
con rústico senado;
luego, con justos y piadosos reyes,
dueña del mundo, dar a todos leyes. 165

Después del episodio de los gansos del capitolio y de la alusión a la guerra entre César y Pompeyo, se habla del incendio de Roma, atribuido a Nerón.

v. 142 *dio música a tu fuego:* se contaba que fue el propio emperador Nerón quien mandó incendiar la ciudad y que, contemplando el fuego, componía versos al son de la cítara.

v. 146: 'El viento hizo llover sobre el río torres convertidas en ceniza'. La imagen se asemeja a la que aparece en la silva *Al inventor de la pieza de artillería,* en la que, también en relación con el incendio de Roma, se dice: «Torres derrama el viento impetuoso»[230].

v. 148: Roma, tras este incendio, que en cierto modo simboliza su destrucción como cabeza del imperio, resucita en la Roma papal, al igual que el ave Fénix, de la cual se decía que renacía de sus propias cenizas. La misma imagen, con el mismo propósito, aparece en Tasso: «Roma, di sue ruine omai felice / che rinasce da lor, come fenice?»[231].

vv. 151-54: el sujeto de «osó» es la fortuna, la cual, «con negras manos» se atrevió a quitar de Roma el laurel y las palmas, símbolo

[230] *PO,* núm. 144, v. 15.
[231] Tasso, *Rime,* núm. 1389, p. 115.

de la victoria, con lo cual Roma pierde su poder y es derrotada por los bárbaros.

v. 153 *desdeñoso laurel:* independientemente de su significado como símbolo de victoria y poder, el laurel es «desdeñoso» porque proviene de la transformación de Dafne, que desdeñó el amor de Apolo; *torcidas:* el adjetivo aplicado a las palmas alude a una antigua observación, proveniente de Aristóteles y muy difundida en libros y tratados del Siglo de Oro. Mexía la explica con las siguientes palabras: «La palma [...] era general señal de vencimiento [de victoria]. Mas por qué haya tenido esta significación la palma más que otro árbol, escriben los antiguos que fue la causa una maravillosa propiedad de la madera della, la cual, sin ser experimentada, la autoridad de los que escriben la hacen tener por cierta; los cuales son Plinio en el libro dieciséis, y Aristóteles en sus *Problemas,* y Teofrasto en el quinto, Aulo Gelio en el tercero, y Plutarco en sus *Simposiacos.* Todos los cuales escriben y afirman que la madera y vigas que de la palma se hacen si le apremian con peso o carga excesiva y demasiada, así como las otras maderas se avigan y abajan para abajo, venciéndose y sojuzgándose de la carga y peso, la madera de la palma, por el contrario, siendo así cargada demasiado, resiste al peso y, contra él repugnando, se encorva y entuerta para arriba y se hace como arco hacia la carga»[232]. El tema aparece, generalmente con una significación moral, en la poesía: compárese Tasso: «E resiste e s'avanza e si rinforza; / e come palma suol cui pondo aggreva, / suo valor combattuto ha maggior forza / e ne la oppresion più si solleva»[233] (la misma imagen aparece en otros lugares de Tasso: «ma, qual da peso ingiusto opresa palma, / s'alza 'l tuo spirto»[234] y «e fu la fuga tua vittoria e palma / che s'alza più quanto è più grave il pondo»[235]). Ver también: «Y mientras tiene más pesada carga / sobre los fuertes hombros más estriba / contra el peso que en sus espaldas carga, / levantándose en arco más arriba; / mostrando al hombre que en la pena amarga / y adversidades siempre firme viva»[236]. En las *Sentencias político-filosófico-teológicas,* se dice: «No fuera la palma símbolo de la victoria si no se levantara con el peso opuesto»[237]. De todas maneras, la noticia se ha transmitido de una manera confusa, pues aunque los antiguos parecen muy claros al respecto, varios autores entienden que lo que se inclina del lado contrario no es la madera o el tronco, sino las ramas o las hojas. Así aparece en el emblema XXXVI de Alciato, que se basa en este motivo. Noydens,

[232] Mexía, *Silva de varia lección,* vol. 1, p. 458.
[233] Tasso, *Gerusalemme liberata,* XVIII, 78, p. 557.
[234] Tasso, *Rime,* núm. 911, p. 833.
[235] Tasso, *Rime,* núm. 1084, p. 965.
[236] Acevedo, *Poema de la creación del mundo,* p. 261.
[237] Quevedo, las *Sentencias político-filosófico-teológicas,* p. 5.

en sus adiciones al diccionario de Covarrubias, dice: «las hojas de palma, si las apremian con demasiado peso y carga demasiada, así como las demás maderas se bajan para bajo, venciéndose de la carga, al contrario la palma resiste al peso y se encorva y hace arco hacia la palma; y porque resistiendo alcanza victoria, por esto coronan con palma a los vencedores». Y lo mismo se ve en Saavedra Fajardo: «la palma, símbolo de la justicia por el equilibrio de su hojas y de la fortaleza por la constancia de sus ramos que se levantan con el peso»[238]. En la silva de Quevedo, la alusión es tan poco específica que el problema no se plantea, más aún teniendo en cuenta que, en la época, «palma» era la denominación habitual tanto de la rama de la palmera, como ocurre hoy, como del árbol en su totalidad[239].

vv. 155-56: el imperio en la época de Quevedo no lo tiene Roma, sino Alemania, es decir, los germanos, el pueblo enemigo que destruyó Roma.

vv. 157-60: el poema aduce tres posibles causas por las que Roma está destinada a ser «reina y señora». Estas causas son, o bien «estrella enamorada», o «deidad apasionada» o bien, finalmente, «fuerza de la hora». No parece que se trate de una distinción conceptual con un contenido específico. Quevedo emplea la misma formulación en un soneto dedicado a la muerte de Enrique IV: «No pudo haber estrella que infamase / con tal inclinación sus rayos de oro, / ni a tanta majestad perdió el decoro / hora, por maliciosa que pasase. / Ni pudo haber deidad que se enojase / y diese tan vil causa a tanto lloro»[240].

Y cuando pareció que había acabado
tan grande monarquía,
con los Sumos Pontífices, gobierno
de la Iglesia, te viste en solo un día
reina del mundo y cielo, y del infierno. 170
Las águilas trocaste por la llave,
y el nombre de ciudad por el de Nave:
los que fueron Nerones insolentes,
son Píos y Clementes.
Tú dispensas la gloria, tú la pena; 175
a esotra parte de la muerte alcanza
lo que el gran sucesor de Pedro ordena.
Tú das aliento y premio a la esperanza,
siendo, en tan dura guerra,
gloriosa corte de la fe en la tierra. 180

[238] Saavedra Fajardo, *Empresas políticas,* p. 34.
[239] Sobre este tema, ver Díaz Bustamante, 1980, pp. 81-84.
[240] *PO,* núm. 258, vv. 1-6.

v. 169 *te viste en solo un día:* de la noche a la mañana, de un día para otro.

v. 171: el águila es símbolo del poder de Roma, y la llave, del papado.

v. 172 *Nave:* «metafóricamente se toma por la colección de los fieles debajo del gobierno del Sumo Pontífice, por alusión a la nave de san Pedro» (*Aut*).

vv. 173-74: se juega con las connotaciones negativas que posee la figura de Nerón, contraponiéndola con los significados de dos nombres que han llevado muchos papas a lo largo de la historia y que evocan la piedad y la clemencia. En una obra en prosa, Quevedo dice una frase muy parecida: «instituyó el imperio universal de la Iglesia, mudando las águilas en llaves, los Nerones en Clementes y Píos, y en nave la ciudad»[241]. La antigua retórica da cuenta de este procedimiento que consiste en jugar con el sentido de un nombre propio[242]. Quintiliano[243], tratando el tema, pone como ejemplo, precisamente, el nombre de Pío. El nombre de Nerón ya había sido empleado con valor genérico en la literatura latina: véase *Historia Augusta:* «*Tamen utcumque, etiamsi domi tristis fuit, apud exteras gentes effloruit; passa deinceps tot Nerones, per Vespasianum extulit caput*» 'Sin embargo, aunque en su interior no se hallaba en una condición feliz, gozaba de gran prestigio entre los pueblos extranjeros; y luego, tras haber sufrido tantos nerones, levantó la cabeza gracias a Vespasiano'[244]. En la literatura posterior, los ejemplos son innumerables: «Será un Nerón en abrasar grandezas / y destruir sujetos importantes»[245]. También es tópico el juego con el significado de los dos nombres de papas; hablando sobre Pío V dice Lope de Vega: «Honran este mármol frío / las reliquias de un pastor / de tan piadoso valor / que fue cinco veces Pío»[246]. Tasso, aludiendo a Clemente VIII, dice: «Giudice non severo, ma Clemente»[247].

vv. 175-76: Se refiere a la frase de Cristo a San Pedro: «Te daré las llaves del reino de los cielos, y cuanto atares sobre la tierra, quedará atado en los cielos; y cuanto desatares sobre la tierra, quedará desatado en los cielos» (*Mateo,* 16, 19).

[241] Quevedo, *Obras en prosa,* p. 1606.
[242] Ver Curtius, 1976, p. 692.
[243] Quintiliano, *Institutio oratoria,* V, X, 30.
[244] *Historia Augusta,* p. 1196.
[245] Balbuena, *El Bernardo,* p. 339.
[246] Lope de Vega, *Obras poéticas,* p. 242.
[247] Tasso, *Il mondo creato,* VI, v. 33.

Bibliografía

Acevedo, A., *Poema de la creación del mundo,* Madrid, Atlas, 1948, BAE, vol. 29.
Alciato, A., *Emblemas,* ed. S. Sebastián, Barcelona, Akal, 1985.
Alonso, D., *Estudios y ensayos gongorinos,* Madrid, Gredos, 1960.
Ammiano, M., *Le Storie,* ed. Antonio Selem, Torino, Unione tipografico-editrice torinese, 1973.
Argensola, L. L., *Rimas,* ed. J. M. Blecua, Madrid, Espasa-Calpe, 1972.
Arguijo, J. de, *Obra poética,* ed. S. B. Vranich, Madrid, Castalia, 1971.
Ariosto, L., *Orlando furioso,* ed. M. Turchi, Milano, Garzanti, 1978.
Balbuena, B. de, *El Bernardo,* Madrid, Atlas, 1945, BAE, vol. 17.
Barahona de Soto, L., *Las lágrimas de Angélica,* ed. J. L. Garrido, Madrid, Cátedra, 1981.
Bellay, J. du, *Les regrets suivis des Antiquitez de Rome,* ed. J. Jolliffe y M. A. Screech, Ginebra, Droz, 1974.
Biondo da Forli, F., *Roma trionfante,* tr. L. Farno di Lafino, Venecia, 1544.
Blecua, J. M., *Poesía de la Edad de Oro, II, Barroco,* Madrid, Castalia, 1984.
Bocángel, G., *La lira de las musas,* ed. T. J. Dadson, Madrid, Cátedra, 1985.
Borja, F. de, Príncipe de Esquilache, *Nápoles recuperada,* Madrid, Atlas, 1948, BAE, vol. 29.
Borja, F. de, Príncipe de Esquilache, *Obras en verso,* Amberes, Balthasar Moreto, 1654.
Calderón de la Barca, P., *La hija del aire,* en *Obras completas. Dramas,* ed. Á. Valbuena Briones, Madrid, Aguilar, 1991, vol. 2, pp. 711-88.
Calderón, J. A., *Segunda parte de la flor de poetas ilustres,* ed. J. A. Quirós de los Ríos y F. Rodríguez Marín, Sevilla, Imprenta de E. Rasca, 1896.
Campanella, T., *Le poesie,* ed. F. Giancotti, Torino, Einaudi, 1998.
Candelas Colodrón, M. Á., *Las silvas de Quevedo,* Vigo, Universidad de Vigo, 1997.
Cervantes, M. de, *La Galatea,* en *Poesías completas,* ed. V. Gaos, Madrid, Castalia, 1981, vol. 2.
Cervantes, M. de, *El Quijote,* ed. F. Rico, Barcelona, Crítica, 1999.
Cervantes, M. de, *Viaje del Parnaso,* en *Poesías completas,* ed. V. Gaos, Madrid, Castalia 1981, vol. 1.
Claudiano, *Epitalamio de Honorio y María,* en *Obras,* ed. M. Platnauer, Harvard, Harvard University Press, 1976, vol. 1, pp. 240-67.
Claudiano, *In Rufinum,* en *Obras,* ed. M. Platnauer, Harvard, Harvard University Press, 1976, vol. 1, pp. 24-97.
Claudiano, *Nilus,* en *Obras,* ed. M. Platnauer, Harvard, Harvard University Press, 1976, vol. 2, pp. 230-35.
Claudiano, *Panegírico a Probino y Olibrio,* en *Obras,* ed. M. Platnauer, Harvard, Harvard University Press, 1976, vol. 1, pp. 2-23.
Claudiano, *Panegírico a Manlio Teodoro,* en *Obras,* ed. M. Platnauer, Harvard, Harvard University Press, 1976, vol. 1, pp. 336-63.
Coello, A., *Los tres blasones de España,* comedia en colaboración, en Rojas Zorrilla, F., *Comedias escogidas,* Madrid, Rivadeneyra, 1866, pp. 545-63.
Covarrubias, S. de, *Tesoro de la lengua castellana o española,* ed. M. de Riquer, Barcelona, Altafulla, 1987.

Cuervo, R. J., «Dos poesías de Quevedo a Roma», *Revue Hispanique,* 18, 1908, pp. 432-38.
Cuervo, R. J., *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana,* Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1994, 8 vols.
Curtius, E. R., *Literatura europea y Edad Media latina,* México, Fondo de Cultura Económica, 1976, 2 vols.
Díaz Bustamante, J. Mª., «Notas a la tradición simbólica y emblemática de la palmera. *Onerata resurgit*», *Helmántica,* 31, 94, 1980, pp. 27-88.
Diccionario de Autoridades, Madrid, Gredos, 1984, 3 vols.
Dictionnaire des antiquités grecques et romains, ed. Ch. Daremberg y E. Saglio, París, Hachette, 1926, 10 vols.
Diodorus Siculus, *Library of History,* ed. C. H. Olfather, *et al.,* Harvard, Harvard University Press, 1967.
Ennio, *Annales,* en *Remains of Old Latin,* Harvard, Harvard University Press, 1974, vol. 1.
Ercilla, A. de, *La Araucana,* ed. I. Lerner, Madrid, Cátedra, 1993.
Espinel, V., *Diversas rimas,* ed. A. Navarro y P. González Velasco, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1980.
Estacio, *Aquileida,* ed. G. Rosati, Milano, Rizzoli, 1994.
Estacio, *Silvas,* ed. H. Frère, Paris, Les Belles Lettres, 1944, 2 vols.
Estacio, *Tebaida,* ed. G. Faranda Villa, Milano, Rizzoli, 1998.
Estrabón, *Geografía,* ed. J. L. García Ramón *et al.,* Madrid, Gredos, 1988.
Fernández de Andrada, A., *Epístola moral a Fabio y otros escritos,* ed. D. Alonso, Barcelona, Crítica, 1993.
Floro, L. A., *Epitome of Roman History,* ed. E. S. Foster, Harvard, Harvard University Press, 1984.
Garcilaso de la Vega, *Obra poética,* ed. B. Morros, Barcelona, Crítica, 1995.
Gates, E. J., «Anotaciones a la *Canción de la toma de Larache* por Pedro Díaz de Rivas», *Revista de Filología española,* 44, 1961, pp. 63-94.
Góngora, L. de, *Canción a la toma de Larache,* en *Canciones y otros poemas en arte mayor,* ed. J. Mª. Micó, Madrid, Espasa-Calpe, 1990, pp. 130-40.
Góngora, L. de, *Canciones y otros poemas en arte mayor,* ed. J. Mª. Micó, Madrid, Espasa-Calpe, 1990.
Góngora, L. de, *Fábula de Polifemo y Galatea,* en *Góngora y el Polifemo*, ed. D. Alonso, Madrid, Gredos, 1967, 3 vols.
Góngora, L. de, *Romances,* ed. A. Carreño, Madrid, Cátedra, 1982.
Góngora, L. de, *Soledades,* ed. R. Jammes, Madrid, Castalia, 1994.
Góngora, L. de, *Sonetos completos,* ed. B. Ciplijauskaité, Madrid, Castalia, 1969.
Granada, F. L. de, *Libro de la oración y la consideración,* en *Obras,* ed. J. J. de Mora, Madrid, Rivadeneyra, 1848, pp. 8-202, BAE, vol. 8.
Granada, F. L. de, *Memorial de la vida cristiana,* en *Obras,* ed. J. J. de Mora, Madrid, Rivadeneyra, 1848, pp. 203-411, BAE, vol. 8.
Granada, F. L. de, *Obras,* ed. J. J. de Mora, Madrid, Rivadeneyra, 1848, BAE, vol. 6.
Gregorio de Nacianzo, *Discours,* ed. J. Mossay, P. Gallay y J. Bernardi, Paris, Du Cerf, 1978-1980, 3 vols.
Herodoto, *Los nueve libros de la historia,* trad. Mª. R. Lida, Barcelona, Lumen, 1981, 2 vols.
Herrera, F. de, *Anotaciones a la poesía de Garcilaso,* ed. I. Pepe y J. Mª. Reyes, Madrid, Cátedra, 2001.

Herrera, F. de, *Poesía castellana original completa,* ed. C. Cuevas, Madrid, Cátedra, 1985.
Historia Augusta, en *Scrittori della Storia Augusta,* ed. P. Soverini, Torino, Unione tipografico-editrice torinese, 1983.
Horacio, *Arte poética,* ed. H. Silvestre, Madrid, Cátedra, 1996.
Horacio, *Odas,* ed. J. Juan, Barcelona, Bosch, 1987.
Horozco y Covarrubias, J. de, *Emblemas morales,* Segovia, Juan de la Cuesta, 1589.
Jáuregui, J. de, *Rimas,* ed. I. Ferrer de Alba, Madrid, Espasa-Calpe, 1973.
Juvenal, *Sátiras,* ed. R. Heredia, México, Universidad de México, 1984.
Lactancio, *Instituciones divinas,* ed. E. Sánchez Salor, Madrid, Gredos, 1990.
Lavardin, H. de, *«Par tibi, Roma, nihil»,* en *Lírica latina medieval,* ed. J. Oroz y M. A. Marcos, Madrid, BAC, 1995, vol. 1.
Lucano, *La Farsalia,* ed. V. J. Herrero Llorente, Barcelona, CSIC, 1967-1982, 3 vols.
Lucilio, *Sátiras,* ed. F. Charpin, Paris, Les Belles Lettres, 1979, 2 vols.
Lucrecio, *De rerum natura,* ed. E. Valentí Fiol, Barcelona, Bosch, 1976.
Macrobio, *I Saturnali,* ed. N. Marinone, Torino, Unione tipografico-editrice torinese, 1967.
Malón de Chaide, P., *La conversión de la Magdalena,* ed. P. Félix García, Madrid, Espasa-Calpe, 1959, 3 vols.
Marcial, *Epigramas,* ed. H. J. Isaac, Paris, Les Belles Lettres, 1930, 2 vols.
Marino, G. B., *L'Adone,* ed. G. Pozzi, Milano, Adelphi, 1988.
Marino, G. B., *La Galeria,* ed. M. Pieri, Padua, Liviana, 1979.
Marino, G. B., *La lira. Rime,* Venezia, Appresso Gio. Batt. Ciotti, 1614.
Marino, G. B., *Poesie varie,* ed. B. Crocce, Bari, Laterza, 1913.
Medrano, F. de, *Poesía,* ed. D. Alonso, Madrid, Cátedra, 1988.
Mexía, P., *Silva de varia lección,* ed. A. Castro, Madrid, Cátedra, 1989 y 1990, 2 vols.
Oroz, J., y M. A. Marcos, *Lírica latina medieval,* Madrid, BAC, 1995, 2 vols.
Ovidio, *Amores,* ed. H. Bornecque, Paris, Les Belles Lettres, 1968.
Ovidio, *Arte de amar,* ed. H. Bornecque, Paris, Les Belles Lettres, 1929.
Ovidio, *Fastos,* ed. J. G. Frazer, Harvard, Harvard University Press, 1976.
Ovidio, *Heroidas,* ed. H. Bornecque, Paris, Les Belles Lettres, 1928.
Ovidio, *Metamorfosis,* ed. A. Ruiz Elvira, Barcelona, CSIC, 1964, 3 vols.
Ovidio, *Ponticas,* ed. J. André, Paris, Les Belles Lettres, 1977.
Ovidio, *Tristes,* ed. J. André, Paris, Les Belles Lettres, 1968.
Pérez de Moya, J., *Philosofía secreta,* ed. C. Clavería, Madrid, Castalia, 1995.
Persio, *Sátiras,* ed. R. Cortés, Madrid, Cátedra, 1988.
Petrarca, F., *Africa,* ed. R. Lenoir, Grenoble, J. Millon, 2002.
Petrarca, F., *Obras, I. Prosa,* ed. F. Rico, Madrid, Alfaguara, 1978.
Petrarca, F., *Prose,* ed. G. Martelotti y otros, Milano-Napoli, 1955.
Petrarca, F., *Secretum meum,* en *Prose,* ed. G. Martelotti y otros, Milano-Napoli, 1955.
Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano,* ed. M. Durry, Paris, Les Belles Lettres, 1947.
Plinio, *Historia natural,* ed. H. Rackham, Harvard, Harvard University Press, 1979, 10 vols.
Plutarco, *Moralia,* ed. F. C. Babbit, *et al.,* Harvard, Harvard University Press, 1969-1970, 16 vols.

Plutarco, *Vidas paralelas,* ed. B. Perrin, Harvard, Harvard University Press, 1977, 11 vols.
PO, Quevedo, F. de, *Poesía original,* ed. J. M. Blecua, Barcelona, Planeta, 1981.
Pontano, G. G., *Poesie latine,* ed. L. Monti Sabia, Torino, Einaudi, 1977.
Propercio, *Elegías,* ed. A. Tovar y M. T. Belfiore, Madrid, CSIC, 1984.
Prudencio, *Obras completas,* ed. y trad. A. Ortega e I. Rodríguez, Madrid, BAC, 1947.
Quevedo, F. de, *Cinco silvas,* ed. C. Rocha de Sigler, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1994.
Quevedo, F. de, *Epistolario completo,* ed. L. Astrana Marín, Madrid, Instituto Editorial Reus, 1946.
Quevedo, F. de, *España defendida,* en *Obras en pro*sa, ed. F. Buendía, Madrid, Aguilar, 1974, vol. 1, pp. 548-90.
Quevedo, F. de, *La musa Clío del Parnaso español,* ed. I. Arellano y V. Roncero, Pamplona, Eunsa, 2001.
Quevedo, F. de, *Lágrimas de Jeremías castellanas,* en *Obra poética,* ed. J. M. Blecua, Madrid, Castalia, 1981, vol. 4, pp. 345-438.
Quevedo, F. de, *Obra poética,* ed. J. M. Blecua, Madrid, Castalia, 1969-1981, 4 vols.
Quevedo, F. de, *Obras en prosa,* ed. F. Buendía, Madrid, Aguilar, 1974.
Quevedo, F. de, *Poesía original,* ed. J. M. Blecua, Barcelona, Planeta, 1981.
Quevedo F. de, *et al., Sentencias político-filosófico-teológicas,* ed. A. Herrán y M. Santos, Barcelona, Antropos, 1999.
Quintiliano, *Institutio oratoria,* ed. S. Corsi, Milano, Rizzoli, 1997, 3 vols.
Rebolledo, Conde de, *Ocios,* ed. R. González Cañal, Ciudad Real, Universidad de Castilla-La Mancha, 1997.
Rey, A., *Quevedo y la poesía moral española,* Madrid, Castalia, 1995.
Rioja, F. de, *Poesía,* ed. B. López Bueno, Madrid, Cátedra, 1984.
Rocha de Sigler, C., ver Quevedo, *Cinco silvas.*
Rutilio, *De reditu suo,* en *Minor Latin Poets,* ed. J. Wight Duff y A. M. Duff, Harvard, Harvard University Press, 1982, tomo 2.
Saavedra Fajardo, D., *Empresas políticas,* ed. F. J. Díez de Revenga, Barcelona, Planeta, 1988.
Saavedra Fajardo, D., *República literaria,* ed. J. C. de Torres, Barcelona, Plaza y Janés, 1985.
Sannazaro, J., *De partu virginis,* ed. S. Prandi, Roma, Città Nuova, 2001.
Séneca, *Ad Lucilium epistulae morales,* ed. R. M. Gummere, Harvard, Harvard University Press, 1953, 3 vols.
Séneca, *Cuestiones naturales,* ed. C. Codoñer, Madrid, CSIC, 1979, 2 vols.
Séneca, *Epigramas,* ed. L. Galazo, Milano, Rizzoli, 1994.
Séneca, *Hercules Oetatus,* en *Tragedies. II,* ed. F. J. Miller, Harvard, Harvard University Press, 1968.
Silio Itálico, *Punica,* ed. J. D. Dyff, Harvard, Harvard University Press, 1983.
Suetonio, *Vida de los doce césares,* ed. M. Bassols de Climent, Barcelona, CSIC, 1964, 4 vols.
Tácito, *Anales,* ed. J. Jackson, Harvard, Harvard University Press, 1962.
Tasso, T., *Gerusalemme liberata,* ed. M. Guglielminetti, Milano, Garzanti, 1982.
Tasso, T., *Il mondo creato,* ed. G. Petrocchi, Firenze, Felice Le Monnier, 1851.

Tasso, T., *Lagrime di Cristo,* en *Opere,* ed. Bruno Maier, Milano, Rizzoli, 1963.
Tasso, T., *Rime,* en *Opere,* ed. B. Maier, Milano, Rizzoli, 1963.
Tertuliano, *Adversus Valentinianos,* ed. J. C. Fredouille, Paris, Du Cerf, 1980, 2 vols.
Tibulo, *Carmina,* ed. E. Otón Sobrino, Barcelona, Bosch, 1979.
Tito Livio, *Historia de Roma,* ed. B. O. Foster, Harvard, Harvard University Press, 1976, 14 vols.
Valdivielso, J. de, *Vida del patriarca San Josef,* Madrid, Atlas, 1948, BAE, vol. 29.
Valerio Flaco, *Argonautica,* ed. F. Caviglia, Milano, Rizzoli, 1999.
Vega, L. de, *El siglo de Oro,* en *Rimas humanas y otros versos,* ed. A. Carreño, Barcelona, Crítica, 1998.
Vega, L. de, *La Circe,* en *Obras poéticas,* ed. J. M. Blecua, Barcelona, Planeta, 1983, pp. 917-1318.
Vega, L. de, *Obras poéticas,* ed. J. M. Blecua, Barcelona, Planeta, 1983.
Vega, L. de, *Rimas humanas y otros versos,* ed. A. Carreño, Barcelona, Crítica, 1998.
Veleyo Paterculo, *Compendio de historia de Roma,* ed. F. W. Shipley, Harvard, Harvard University Press, 1924.
Vélez de Guevara, L., *El diablo cojuelo,* ed. R. Valdés, Barcelona, Crítica, 1999.
Vida, M. G., *Christhias,* ed. y trad. G. C. Drake y C. A. Forbes, London y Amsterdam, Southern Illinois University Press, 1978.
Villamediana, Conde de, *Poesía,* ed. Mª. T. Ruestes, Barcelona, Planeta, 1992.
Virgilio, *Eneida,* ed. M. Rat, Paris, Garnier, 1960, 2 vols.
Virgilio, *Geórgicas,* ed. J. Velázquez, Madrid, Cátedra, 1994.
Virgilio, *Las obras de P. Virgilio Marón traducidas por Diego López,* Madrid, Juan de la Cuesta, 1614.

El léxico científico de Quevedo (III)

José Julio Tato Puigcerver
Alicante

Continuamos con la publicación de términos procedentes del *Léxico científico* de las obras de Quevedo que está realizando nuestro colaborador José Julio Tato.

Arquatus: «Respondió que estaba cierto que la cabeza y cuello del cardenal padecía de morbo regio, quiere decir, enfermedad real; lo que se prueba por todos sus nombres, que el primero es este; el segundo que le dan los griegos es *Icteros* de la ave de este nombre, de quien dice Plinio que si la mira el enfermo de este mal real, se cura el enfermo y muere la ave. [...] El tercer nombre es *aurigo*. Así le llama Celso, del color del oro, el cual la cólera derramada por todo el cuerpo imita. [...] El cuarto nombre es *morbus arquatus,* enfermedad arqueada, porque en la diferencia de colores parece el arco celeste [...] Empero porque en aquel los colores son pacto y seguridad y en este arco son flechas, yo no leo con los demás médicos arco celeste; leo *sceleste,* que quiere decir delincuente y malo. Las causas extrínsecas de la enfermedad real son tres: veneno de algún animal; comida de alimentos que producen la ictericia o engendran cólera y obstrucción, y mucho trabajo en el sol caliente»[1]. Covarrubias en *Tiricia* explica que: «es una enfermedad ordinaria, la cual se causa de un derramamiento de la cólera flava o adusta por todo el cuerpo, y se pone el hombre amarillo. Plinio y Varrón la llaman *morbum regium, quod mulso precipue, regio plane potu curaretur*. Celso y Apuleyo le llaman *aurigineni, a colori auri et hominem, hoc morbo laborantem auriginosum;* y con estos les llaman otros nombres, como *arquatum*. Y es de saber que hay una avecica deste nombre, dicha *ícteros* en griego, y en latín *galgulus;* en romance la llamamos oropéndula, por tener las

[1] Ver Quevedo, *Visita y anatomía de la cabeza del cardenal Richelieu,* en *OC,* p. 1011.

plumas doradas; y dice Plinio, lib. 30, cap. 2, que si un aterizado la mirase ahincadamente sanará de su mal y ella morirá [...]. Ictericia. [...] *Marcel Virgilius ex Dioscóride arquatum vestit a colore coelestis arcus*» (Cov.). El texto de Quevedo del cual se extrae esta cita, está prácticamente fusilado del *Tesoro* de Covarrubias, como se puede comprobar arriba, obra en cierto modo desdeñada por Quevedo que se refiere a ella como «obra donde el papel es más que la razón; obra grande y de erudición desaliñada», lo que no le impide utilizarla frecuentemente e incluso copiarla sin citarla. Si se compara este largo párrafo de Quevedo en la *Visita y Anatomía de la cabeza del cardenal Richelieu* (1635), con lo que trae Covarrubias en la voz *tiricia,* se verá que lo que en Quevedo parece un erudito trabajo de revisión de la literatura sobre esta enfermedad, es tan solo un descarado fusilamiento del texto de Covarrubias. Quiero llamar también la atención sobre un pasaje de *Política de Dios y gobierno de Cristo,* donde tratando Quevedo del desarrollo del embrión, también levanta sospechas de su largo y provechoso trato con el *Tesoro* de Covarrubias[2].

Arteria: «Desta manera en la oficina de venas y arterias hierves informe embrión»[3]. En Covarrubias es: «la vena de la vida que contiene en sí el espíritu vital». Ver los *Proverbios morales* de Cristóbal Pérez de Herrera, *Enigma 17:* Las arterias del hombre. «Llama la enigma a las arterias arcaduces por donde van los espíritus vitales a conservar la vida y al hombre, la cual se sustenta con el alimento; y el médico docto, prudente y experimentado, apretando con los dedos las arterias de las muñecas (que llama la enigma atiento), conoce si están los pulsos flacos o fuertes, y así por ellas, con otras señales el que se ha de morir o librarse de la enfermedad en las que son agudas». Ver también Corominas: «Arteria 1438. Tom. del lat. *arteria* y este del gr. *arteria* íd. Deriv. *Arterial,* 1636, *Arteriola,* 1780». La escasez de citas referentes a «arteria», en contraposición de las abundantísimas ocasiones en que menciona «vena», es un fiel reflejo de la escasa importancia que se le atribuía a las arterias en la fisiología de la época con respecto a las venas. Arteria, del griego ἀρτηρία puede que de αἴρ-ειν, 'levantar', pero también de 'aire', por la función que se atribuía a las arterias de transportar el aire por el cuero. *Arterias del cuello:* «fibras y arterias del cuello, órgano del Espíritu Santo»[4]. Si lo tomamos en singular «arteria del cuello», se estaría refiriendo a la «áspera arteria»: la tráquea. Tomándolo en plural, se refiere a las arterias propiamente dichas, que llevan aire (πνεῦμα) que «anima», aunque al referirse a que por su boca hablaba el Espíritu Santo es posible deducir que

[2] Quevedo, *Política de Dios y gobierno de Cristo,* en *OC,* p. 1548.
[3] Quevedo, *Providencia de Dios,* en *OC,* p. 1548.
[4] Ver Quevedo, *Vida de san Pablo,* en *OC,* p. 1701.

se refiere a la tráquea. La «aspera arteria» debía su nombre al aspecto rugoso de la tráquea debido a los anillos cartilaginosos que definen su estructura. Ver en Segura Munguía: «*arteria, -ae* (griego ἀρτηρία), f., arteria; tráquea»[5]. Ver también en Pabón: «ἀρτηρία, –ας arteria; vena; tráquea». En Plinio, Francisco Hernández comenta: «áspera arteria, la vía por donde respiramos»[6].

Astro: «Nadie vive seguro, porque puede haber otro superior en méritos, y estos se originan de muchos principios: ya del genio o semejanza de estrellas (causa segunda de las cosas), ya de la complexión (impulso de las acciones) [...] Semejantes sucesos nos inducen a decir que también Dios deja influir a los astros en las honras y los imperios, y que pueden los hombres escudriñar algo de sus sucesos. La primera causa es Dios, y las segundas inteligencias son las que ejecutan su providencia. Las felicidades y miserias dependen del primer orden, consiguientemente de los astros, y después de la voluntad; esta se mueve por el impulso. Decir que los cuerpos celestes son causas, es decir las causas de la espada son el fuego y el martillo; pero ¿quién sujeta el artífice al instrumento? El arbitrio de los hombres no está sujeto al astro directamente, sino por accidente, en cuanto recibe el cuerpo influencia del cielo, como también el espíritu animal tenue y corpóreo, y los humores mismos; [...] pero como el hombre condesciende más con la parte sensitiva que con la racional, hemos de decir que disponen en el cuerpo, el astro como disposición, en el alma indirectamente; el ángel como persuasivo, y Dios como causa física motiva»[7]. «El sabio dominará los astros»[8], «cautela de los astros»[9], «influencias de los astros»[10]. En Covarrubias: «Astrología. Ciencia que trata del movimiento de los astros». Ver también *Autoridades:* «Cuerpo luminoso del cielo: como sol, luna, planetas y estrellas. Astros. Se entiende regularmente por las estrellas fijas, que aunque se mueven con el movimiento del primer móvil, guardan siempre entre sí la misma distancia». Ver también Corominas: «med. s. XVI. Tom. del lat. *astrum* y este del gr. *ástron* íd. Deriv. *Astral, Astroso* 'el que tiene mala estrella, desgraciado', 1ª mitad del s. XIII, 'desaseado, roto', 'vil, abyecto'. *Desastre* 'infelicidad', 1444 'catástrofe', de oc. ant. *desastre* 'desgracia' [...] *Astrolabio* [...] 1ª doc. Seb. de Horozco. Muerto h. 1580». Ver Pérez de Herrera, *Enigma 179:* «Los dedos de las manos. [...] Y yo tengo por muy ciertas estas señales exteriores y me atengo más, fuera de los astros (que no se les puede negar

[5] Segura Munguía, 1985.
[6] Plinio, *Historia natural,* libro 11, capítulo 37.
[7] Quevedo, *Sentencias,* en *OC,* p. 1140.
[8] Quevedo, *Sentencias,* en *OC,* p. 1125.
[9] Quevedo, *Sentencias,* en *OC,* p. 1318.
[10] Quevedo, *Visita y anatomía,* en *OC,* p. 1014.

su influencia en los hombres), a la educación en la niñez, que se queda muy sellada para la juventud y demás edades». Sobre esto –como sobre tantas otras cosas– se puede uno remitir a Green[11]. *Astro compuesto de la misma materia de los cielos (estrella):* «Noto que la estrella que guió a los tres Reyes Magos no era de las del firmamento, sino un meteoro fabricado de los vapores y exhalaciones de la tierra: y con todo, se aventajó a las otras estrellas, que competía con sus resplandores al sol mismo: *Stella quae solis votam vincit decore ac lumine.* Las demás estrellas resplandecían de noche. Esta, a vista del sol, ni se escondía oscurecida, ni se retiraba eclipsada. ¿De qué nacía esto? Es que las estrellas del firmamento fueron por noble nacimiento más confiadas: astros compuestos de la misma materia de los cielos y de lo más puro dél su luciente cristal; diamantes que engastó el supremo artífice en la hermosura del firmamento, por su nacimiento ilustres, por el sitio exaltadas; por su cualidad, ornato y esmalte del cielo. La estrella de los Magos tuvo su origen en la tierra humilde, de bajos vapores, de materias groseras, levantadas más por artificio que por movimiento»[12]. *Astro príncipe:* «Cuantos nacidos entre yerbas quieren ser yerbas gigantes, girando los movimientos de un astro príncipe»[13].

Astrolabio: «cargado de astrolabios y globos, entró un astrólogo»[14]. En Covarrubias: «Instrumento matemático para el movimiento del cielo y los astros». Y en *Autoridades:* «Instrumento de metal en que se describen geométricamente los círculos celestes, que representan los que pertenecen al primer móvil, de tal manera que se pueden considerar y meditar todos sus puntos y arcos, con no menos perfección que en el globo verdaderamente redondo, que se refiere en el primer móvil [...]. *Astrolabio católico.* Es el mismo instrumento, según la sección que se hace en el plano meridional. *Astrolabio horizontal.* Es este mismo instrumento según la sección que se hace en el plano del horizonte». En Corominas: «Tercer cuarto del s. XIII, gr. *astrolábion,* íd, formado con *lámbano* 'yo tomo (la altura)'». Duró el uso del astrolabio, a pesar de la complejidad de su manejo hasta el siglo XIX. Inventado en Babilonia, no comenzó a utilizarse en la mar hasta el siglo XIII. El astrolabio marino era menor y más ligero que el terrestre. Raimundo Lulio, en su *Arte de navegar* (1295), dice que los marinos lo usaban para conocer la hora durante la noche midiendo la altura de los astros. Teóricamente servía para la resolución de tres problemas: a) Dada la hora local, hallar la posición de un astro. b) Conocida la posición de un astro, obtener la hora local verdadera.

[11] Green, 1969, vol. 2, pp. 42-77.
[12] Quevedo, *Consideraciones sobre el Testamento Nuevo,* en *OC,* p. 1309.
[13] Quevedo, *Consideraciones sobre el Testamento Nuevo,* en *OC,* p. 1310.
[14] Quevedo, *El sueño del Juicio final,* en *Los sueños,* ed. Arellano, p. 131.

c) Dada la altura meridiana de un astro, hallar la latitud. El astrolabio náutico, era un disco que tenía en una de sus caras grabada la proyección estereográfica polar para la latitud del objeto de su construcción y en la otra una aliada para medir la altura del astro sobre el horizonte y así deducir la hora local. No se podía conocer la longitud con precisión y se navegaba a estima. La determinación exacta de la longitud no se consiguió hasta el siglo XVII con la construcción de cronómetros precisos. Ver Zamorano, *Compendio de la Arte de Navegar,* segunda parte, capítulo 1: «De la composición del cuadrante, o astrolabio». Ver también García Franco.

Astrología: Covarrubias la define como «ciencia que trata del movimiento de los astros y los efectos que de ellos proceden». Condena Quevedo la astrología judiciaria y no la matemática astrológica, o la astrología meteórica; y en otro lugar reconoce el efecto de los astros sobre el cuerpo. Ha sido Alessandro Martinengo quien ha fijado el tema de la astrología y su importancia en la obra quevediana[15]. Ver también Caro Baroja[16]. *Astrología judiciaria:* «Para conmigo muy desautorizado crédito tiene la astrología judiciaria. Es una ciencia que tienen por golosina los cobardes, sin otro fundamento que el crédito de los supersticiosos. Es de la naturaleza del pecado, que todos dicen que es malo y le cometen todos. Es un falso testimonio que los hombres mal ocupados levantan a las estrellas. No niego que las causas superiores no gobiernen las naturalezas de la tierra, ni de que sus influencias dependa esta porción inferior. Mas con ella propia niego que sus aforismos tengan verdad, ni hay experiencia que no la desmienta. Con una propia posición de signos y planetas y aspectos, uno murió de muerte violenta, y otro fue largos años afortunado. Y sin diferenciarse en algo, en una propia casa las estrellas son raramente verdaderas y frecuentemente mentirosas. Con evidencia probó esto y sin respuesta, después de otros muchos doctos y religiosos escritores Sixto ab Hemminga Frisio, en su libro, cuyo título es: *Astrologiae, ratione et experientia refutatae;* demostrándolo en treinta nacimientos de treinta príncipes, reyes, emperadores y pontífices, cuyas vidas y muertes fueron ejemplo de sumas fortunas y miserias, observadas por Cipriano Leovicio, Jerónimo Cardano, Lucas Gáurico, grandes maestros de la astrología judiciaria. Y siendo así que toda ella es un temor forzoso y un consuelo inútil, y tan vana cuando es amenaza como cuando es promesa, ni a ella le faltarán secuaces, ni a ellos aplausos. [...] No ignoro muchos casos extraños que se refieren a la astrología; mas como son en el mundo más

[15] Martinengo, 1983.
[16] Caro Baroja, 1967a y 1967b.

antiguos los embusteros que los astrólogos, y en todo tiempo hubo credulidad y ignorancia y mentirosos, yo retraigo a la duda la calificación de estos cuentos»[17]. Compárese la cita de Caro Baroja: «Cierto teólogo, nacido a fines del siglo XIV y muerto hacia 1476, fray Martín de Córdoba, condena en su *Compendio de la Fortuna* el uso de la Astrología para averiguar cuestiones relacionadas a las facultades del alma y sigue en ello a San Agustín; pero cree firmemente en la influencia de los astros en todo lo relativo al cuerpo del hombre o, en general, los objetos materiales del mundo, y así cuenta como estuvo a punto de morir porque hallándose en Francia un "físico ignorante de Astrología" le purgó sin cuidar si era buena o no la conjunción astral»[18]. Y más adelante: «ya en el índice establecido por la comisión especial del Concilio de Trento, con arreglo a las diez reglas fundamentales, aprobado por Pío IV en bula promulgada el 24 de marzo de 1564, prohibía totalmente los libros de Geomancia, Hidromancia, Aeromancia, Onomancia y Nigromancia y todos los que contuvieran adivinaciones por suertes, hechicerías, agüeros, pronósticos y encantamientos por arte mágica; y también se indicaba a los obispos la necesidad de prohibir la lectura de tratados de Astrología judiciaria, con excepción de lo que se refiera a juicios útiles en la Navegación, la Agricultura o la Medicina»[19]. En Saavedra de Fajardo: «¿cómo la astrología se atreve a pronosticar los futuros sucesos, siendo efectos del movimiento y de la disposición del cielo y naturaleza de los astros, cuyo conocimiento, según la dirección de sus luces y rayos, no puede caer en la corta capacidad del ingenio humano; porque este no es instrumento proporcionado y suficiente para penetrar desde la tierra lo que pasa en el cielo?»[20]. Véase también los comentarios de Francisco Hernández a la *Historia natural* de Plinio: «Toca en este libro nuestro autor la quiromancia y fisionomía, las cuales ciencias, junto con la astrología judiciaria, aunque traigan alguna verdad y no carezcan de algún fundamento de razón, pero antes dilatado en tantos géneros de supersticiones y mentiras cuantas podrá ver el que leyere, no solo a Aristóteles y Trogo, que las trataron con modo y templanza, pero a los que modernamente las han escrito, los cuales no quiero nombrar por su honra y por la mía»[21]. Jerónimo Huerta, en su comentario a Plinio, sobre la opinión de tener en cuenta las estrellas en la práctica médica, dice: «opinión bien refutada del doctor Francisco de Valles, covarrubiano, el cual curando a un grande señor desta corte y viendo presentada ocasión y necesidad de purgarlo, se lo contradecían

[17] Quevedo, *Marco Bruto,* en *OC,* p. 952.
[18] Caro Baroja, 1967b, vol. 2, p. 165.
[19] Caro Baroja, 1967b, vol. 2, p. 175.
[20] Saavedra Fajardo, *República literaria,* p. 137.
[21] Plinio, *Historia natural,* libro 11, cap. 52.

algunos menos doctos, diciendo ser conjunción. Y él respondió: "No importa, el afecto y la ocasión lo pide, hacerlo hemos sin que lo sepa la luna". Hízose con feliz suceso, condenando la contraria opinión»[22]. En Lope, *La Dorotea,* censura de la astrología[23]. *Matemática astrológica:* «Entre las cosas de que se compone la república de la naturaleza, espléndida sobre todas es la majestad del sol. La matemática astrológica, ciencia que le ha escudriñado las acciones y espiado los pasos, demuestra que, sin violentar su curso, obedece en contrario movimiento al del rapto»[24]. Quin distingue muy bien entre astrologías es Vicente Espinel en la *Vida de Marcos de Obregón:* «aunque estos judiciarios son los peores por estar bien recibidos en la república y decir menos verdad. Que aunque los que tratan de la verdadera astrología de movimientos estos son doctos que saben las matemáticas con fundamento, como es Clavio romano, el doctor Arias de Loyola y el doctor Sedillo, españoles, grandes varones de su facultad; que esas otras son embusteras, gente de poca sustancia»[25]

Astrólogo: «¿Qué fantasmas le pudieron disponer las parlerías de las estrellas, que blasonan los astrólogos por divinación?»[26]; «una gente desatinada, que los diablos confesaban que ni los entendían ni podían averiguar con ellos. Eran astrólogos y alquimistas»[27]; «Eclipse solar es eclipse hidalgo: promete escuridad mientras durare y mentiras de astrólogo, creídas de necio y temidas de poderosos y ricos»[28]; «cargado de astrolabios y globos entró un astrólogo dando voces, y diciendo que se había engañado; que no había de ser aquel día el del Juicio, porque Saturno no había acabado sus movimientos ni el de trepidación el suyo»[29]; «que le han profetizado los astrólogos de la razón natural y los que observan los aspectos de Saturno y Marte»[30]; «astrólogo de orinal»[31]; «astrólogo y medio dotor»[32]; «El sol material corre tanto que, según los astrólogos, corre cada hora treinta y ocho mil leguas»[33]; «¿Por qué, como para saber navegar, te llegas a los marineros y aprendes el arte militar de los capitanes, y las cosas del cielo de los

[22] Plinio, *Historia natural,* libro 29, cap. 1.
[23] Lope de Vega, *La Dorotea,* acto 5, escena 3, pp. 226 y 37.
[24] Quevedo, *Marco Bruto,* en *OC,* p. 933.
[25] Espinel, *Vida de Marcos de Obregón,* p. 187.
[26] Quevedo, *Providencia de Dios,* en *OC,* p. 1569.
[27] Quevedo, *Sueño del Infierno,* en *Los sueños,* ed. Arellano, p. 237.
[28] Quevedo, *Libro de todas las cosas,* en *OC,* p. 124.
[29] Quevedo, *Sueño del Juicio final,* en *Los sueños,* ed. Arellano, p. 131.
[30] Quevedo, *Relación,* en *OC,* p. 1029.
[31] Quevedo, *La Hora de todos,* en *OC,* p. 227.
[32] Quevedo, *La culta latiniparla,* en *OC,* p. 420.
[33] Quevedo, *Consideraciones sobre el Testamento Nuevo,* en *OC,* p. 1315.

astrólogos»[34]; «y viendo a Spurinna, astrólogo que le había amenazado»[35]. Para Covarrubias el astrólogo es «el perito en esta ciencia». En Corominas: «h. 1200, lat. *astrólogus,* gr. *astrológos* 'astrónomo'; *astrología,* h. 1250; *astrológico, Astronomía,* h. 1250, gr. *astronomía,* íd., formado con *némo* 'distribuyo, reparto'; astrónomo. tercer cuarto del siglo XIII; astronómico». Quevedo en *Los sueños* pone a los astrólogos en el camino de los locos, y a los alquimistas en el de los mentecatos. Ver también Caro Baroja: «La creencia en la astrología, satirizada por los poetas antiguos, condenada por los padres de la Iglesia y por los teólogos medievales y renacentistas, no dejó de ser algo respetable para la mayoría, hasta que los satíricos del siglo XVII y luego los filósofos de la Ilustración la combatieron con pruebas puramente morales o históricas como a una vanidad más»[36]; y más adelante: «Pensadores de la profundidad, independencia de juicio y originalidad de Montaigne, creían todavía en la Astrología de una manera muy firme»[37].

Astronomía: «Tratado de la adivinación por quiromancia, fisonomía y astronomía»[38]. Para Covarrubias, la astrología es: «ciencia que trata del movimiento de los astros y los efectos que dellos proceden, cerca de las cosas inferiores y sus impresiones, que por otro nombre dicen astronomía». Tanto Quevedo como Covarrubias utilizan, como aún es normal en la época, indistintamente las voces «astronomía» y «astrología», que ya empezaban a ser distintas y a adquirir sus actuales significados. Martinengo trae las distinciones de Martín del Río entre lícita e ilícita astrología[39].

Bofe: «echaba el bofe por una mozuela»[40]. Ver también Covarrubias: «Por otro nombre livianos; *latine pulmo;* es la parte esponjosa de la asadura, que como un fuelle se hincha de aire y le vuelve a echar con que refresca el corazón y los espíritus vitales y el nativo calor». Ver también Pérez de Herrera, *Enigma 299:* «Llama la enigma fuelles a los pulmones, porque en vigor hacen el oficio de ellos, dando aire con un movimiento continuo al corazón, templándole su vehemente calor, que por ser origen de la vida nos da vigor y fuerza y es obra maravillosa de Dios y de la Naturaleza (que todo es uno), y así, con razón, le llama misterio divino». Ver Corominas: «Bofe. Pulmón, 1495».

[34] Quevedo, *La cuna y la sepultura,* en *OC,* pp. 1337-38.
[35] Quevedo, *Marco Bruto,* en *OC,* p. 955.
[36] Caro Baroja, 1967b, vol. 2, p. 171.
[37] Caro Baroja, 1967b, vol. 2, p. 172.
[38] Quevedo, *Libro de todas las cosas,* en *OC,* p. 123
[39] Martinengo, 1983, pp. 29-30.
[40] Quevedo, *Cuento de cuentos,* en *OC,* p. 414.

Bomba hidráulica: «El mandó trabajar al aire en las bombas; y le enseñó a que su fuga, por evitar el vacuo, sacase tras sí las aguas volando sin sentir su peso»[41]. En Covarrubias: «Instrumento para sacar agua, que sube de lo hondo para arriba [...]. Con esta invención sacan el agua de los pozos hondos, haciéndole subir por una cerbatana con ciertas bolas engazadas una con otra, y con la mesma invención desaguan los navíos». Quevedo habla de una bomba de vacío en el sentido de que lo que hace subir a las aguas es el *horror vacui.*

Buphthalmos: «y luego ensartan nombres de simples que parecen invocaciones de demonios: buphthalmos, opopanax, leontopelatum, tragoriganum, potamogeton, senipuginos, diacathalicon, petroselium, scilla, rapa. Y sabido que quiere decir esta espantosa barahúnda de voces tan rellenas de letrones, son zanahoria, rábanos y perejil y otras suciedades»[42]. Se refiere a una planta: el *buphthalmun.* Encontramos en Lamark cuatro variedades de *Buphthalmun:* el *B. maritimun,* el *B. saliciforum,* el *B. spinosum* y el *B. aquaticum,* todos ellos con nomenclatura de Linneo. También hallamos el *Buphlthalmus* en Pounin[43], donde además aplica el nombre común de «Ojo boyal», que eso es lo que significa en griego. Otra posibilidad, que creo que se puede descartar, sería identificarla con la acedera, cuya transliteración del griego sería algo así como *Bulapazon.* Si consideramos la totalidad, sin incluir una coma (*Buphthalmus oponax*), podríamos entenderlo como 'panacea a base de Buphthalmus'. Fernández-Guerra y Orbe, en su edición de las *Obras de don Francisco de Quevedo,* escribe «Buphthálmus» y lo identifica correctamente con la planta llamada ojo de buey[44]. También identifica a los restantes simples de esta retahíla. Dice Fernández-Guerra en su nota: «En cuantas ediciones se han hecho de este *Sueño* durante dos siglos se han apurado los desatinos al estampar tales nombres. Los manuscritos aún están más disparatados. Hoy es la primera vez que disfruta el público sin errores de crasa ignorancia esta parte del discurso». En Dioscórides: «buphthalmo que algunos llaman cachla [...] hace las flores semejantes a los ojos de buey»[45] En Plinio: «Dos géneros hay de siempreviva; la mayor se siembra en vasos de barro, cual llaman buphthalmo»[46].

[41] Quevedo, *Providencia de Dios,* en *OC,* p. 1550.
[42] Quevedo, *Sueño de la muerte,* en *Los sueños,* ed. Arellano, pp. 318-19.
[43] Pounin, 1974, p. 519.
[44] Quevedo, *Obras de don Francisco de Quevedo,* ed. Fernández-Guerra, p. 334, nota b.
[45] Dioscórides, *Acerca de la materia medicinal,* libro 3, cap. 150.
[46] Plinio, *Historia natural,* libro 25, cap. 13.

Butiro: «con vino generoso, adobado con las estaciones del Norte, y ablandándalos con butiro y otros regalos»[47]. Es mantequilla. Palabra griega: βοῦς-τυρός, vaca-queso, 'queso de vaca'. Lo que desconozco es si Quevedo la utiliza como voz griega pura, o castellanizando la palabra holandesa para mantequilla, dado que esta cita es sobre los regalos que los holandeses hacen a los indios de la América española para ganar sus voluntades. De todas formas, me parece extraño que Quevedo escoja precisamente esta palabra tan poco usual. Compárese Covarrubias: «Manteca de ganado, *latine butyrum,* lo grueso de la leche. Díjose manteca [...] De manteca se dijo mantecoso y mantequilla y mantecada».

Apéndice

Facilitamos esta lista de los términos de «El léxico científico de Quevedo» publicados en *La Perinola,* incluidos los de este volumen. El número adjunto al vocablo indica el volumen de *Perinola* en el que salió comentado:

Abada, 6.
Abeja, rey de las abejas, 6.
Ablandar el pecho, 6.
Absceso, 6.
Acabar (con el significado de 'matar' o 'morir'), 6.
Accidente, 6.
Aceite de matiolo, 5.
Acero, 6.
Aciago, 6.
Acíbar, 6.
Acomodar [un cadáver] *en pasteles,* 6.
Acónito, 6.
Ácueo, 7.
Achaque, achaquero, 6.
Adelfa, 7.
Afistolada, 7.
Aforismo, 7.
Agalla, 7.
Agonía, 7.
Agua, 7.
Aire ambiente, 7.
Aire corrupto, 7.
Aire, 7.
Ajigotar, 7.
Alacrán, 7.
Alcohol, 7.
Alma, 7.
Ánimo, 6.
Arquatus, 8.
Arteria del cuello, 8.
Arteria, 8.
Astro compuesto de la misma materia de los cielos (estrella), 8.
Astro príncipe, 8.
Astro, 8.
Astrolabio, 8.
Astrología, 8.
Astrólogo, 8.
Astronomía, 8.
Beber agua, 7.
Betún de san Pablo, 7.
Bofe, 8.
Bomba hidráulica, 8.
Buphthalmos, 8.
Butiro, 8.
Catarro, estar acatarrado, 6.
Celidonia, 5.
Charquías, 5.
Demonio meridiano, 5.
Excremento de lagarto, 6.
Fijar el mercurio al martillo, 6.
Gato de algalia, 7.
Gordo, hombre gordo y flemón, 6.

[47] Quevedo, *La Hora de todos,* en *OC,* p. 291.

Alferecía, 7.
Alma en el corazón, 7.
Alma racional inmortal, 7.
Alma racional, 7.
Humor, 6.
Natural, 6.
Peste del aire corrupto, 7.
Scilla, 6.

Bibliografía

Caro Baroja, J., «La generación de Lope y la astrología», en *Vidas mágicas e Inquisición,* Madrid, Taurus, 1967a, vol. 2, pp. 221-22.

Caro Baroja, J., «Mentalidad astrológica y Santo Oficio», en *Vidas mágicas e Inquisición,* Madrid, Taurus, 1967b, vol. 2, pp. 147-346.

Corominas, Joan, *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana,* Madrid, Gredos, 1998.

Covarrubias, S. de, *Tesoro de la lengua castellana o española,* Madrid, Alta Fulla, 1989.

Diccionario de Autoridades, Madrid, Gredos, 1990, 3 vols.

Dioscórides Anarbaceo, P., *Acerca de la materia medicinal y de los venenos mortíferos,* tr. A. de Laguna, Amberes, 1555.

Espinel, V., *Vida de Marcos de Obregón,* ed. S. Gili Gaya, Madrid, Espasa-Calpe, 1972.

García Franco, S., *Historia del arte y ciencia de navegar,* Madrid, Instituto Histórico de la Marina, 1947, 2 vols.

Green, O. H., *España y la tradición occidental: el espíritu castellano en la literatura desde «El Cid» hasta Calderón,* Madrid, Gredos, 1969, 4 vols.

Lamark, J. B., *Encyclopédie méthodique: Botanique,* Paris, Panckoucke, 1783-1816.

Martinengo, A., *La astrología en la obra de Quevedo,* Madrid, Alhambra, 1983.

OC, Quevedo, F. de, *Obras completas,* ed. F. Buendía, Madrid, Aguilar, 1974, 2 vols.

Pabón y Suárez de Urbina, J. M., *Diccionario manual griego-español,* Barcelona, Biblograf, 1969.

Pérez de Herrera, C., *Proverbios morales, y consejos cristianos [...] y enigmas filosóficas [...]: dividido en dos libros,* Madrid, Luis Sánchez, 1618.

Plinio, C., *Historia natural de Cayo Plinio Segundo [...] traducida por Jerónimo de Huerta,* Madrid, Luis Sánchez, 1624.

Plinio, C., *Historia natural. Trasladada y anotada por Francisco Hernández, médico de S. M. Felipe II,* Madrid, Visor, 1998.

Pounin, O., *Guía de campo de las flores de Europa,* Barcelona, Omega, 1974.

Quevedo, F. de, *Los sueños,* ed. I. Arellano, Madrid, Cátedra, 1999.

Quevedo, F. de, *Obras completas,* ed. F. Buendía, Madrid, Aguilar, 1974, 2 vols.

Quevedo, F. de, *Obras de don Francisco de Quevedo Villegas,* ed. A. Fernández-Guerra y Orbe, Madrid, Atlas, 1946, B.A.E., vol. 23.

Saavedra Fajardo, D. de, *República literaria,* ed. V. García de Diego, Madrid, Espasa-Calpe, 1956.

Segura Munguía, S., *Diccionario etimológico latino-español,* Madrid, Anaya, 1985.

Vega, L. de, *La Dorotea,* Madrid, Librería Bergua, 1933.

Zamorano, R., *Compendio de la arte de navegar,* Sevilla, Alonso de la Barrera, 1581.